

Desde Latinoamérica

Una ficción científica

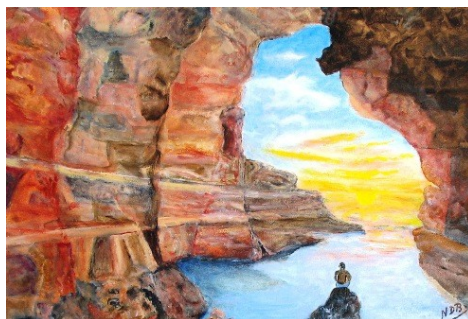
Microvisión novelística de una realidad posible

Edgardo Ronald Minniti Morgan

Premio Herbert C. Pollock 2005

Miembro de la Red Mundial de Escritores en Español

Grupo de Enseñanza, Historia y Divulgación de la Astronomía-Observatorio de Córdoba –UNC. - historiadelaastronomia.wordpress.com – HistoLIADA - Lidea



“Matriz inteligente” – Óleo de Nydia Del Barco

Nos hemos ocupado en varias oportunidades de la relación de la ciencia con las expresiones artísticas, sin efectuar un análisis de su contenido conceptual, por escapar el mismo a los objetivos historicistas de nuestros trabajos. Tales, Astronomía y Arte y Astronomía y Ficción Astronómica en la Historia Reciente, brindados en este sitio. Es todo un tema digno de atención y de estudios más profundos. En ellos campea el pasado, objetivo aparente de nuestro accionar, pese a que no nos cansaremos de repetir que los afanes nuestros y particular esfuerzo son el futuro, que puede apoyarse en los hechos anteriores; tienen por objetivo abrir conciencias con proyección de progreso y trascendencia hacia adelante.

Repudiamos “in limine” toda visión parcializada que pretenda hacernos retornar a ese pasado que por glorioso que fuere, se convierte en una zancadilla cuando trata de superar el marco propio meramente referencial. Lo hemos dicho y lo repetiremos hasta el cansancio: “*Pobres de los pueblos que tienen el pasado como destino*”.

Muchos intelectuales no temen falsear los acontecimientos bajo examen, para proyectar visiones fundamentalistas supuestamente reivindicadoras, de ese pasado superado por el accionar de una humanidad plena que marcha hacia las estrellas.

Lo bueno y lo malo es un juicio de valor sujeto a convenciones arbitrarias; lo ocurrido fue y constituye solo un marco referencial para no perder el rumbo en lo que está acaeciendo, que sí nos compromete y demanda nuestra atención plena y esfuerzo continuo.

Las actitudes son diversas, en particular en la Latinoamérica nuestra que por formación, tendemos a confundir la realidad con el discurso, como si con la palabra o el arte, pudiéramos sojuzgar la misma en beneficio propio o ajeno, conforme nuestras “servidumbres de paso” intelectuales instaladas en la conciencia colectiva por intereses ajenos.



“Los últimos veleros” – Óleo de Nydia Del Barco

Los calificativos se disputan un escenario científicamente dinámico y prometedor. Todo lo que rodea ese acontecer que es real, positivo y concreto, se halla rodeado de palabras que pretenden explicar, divulgar o imponer con los más diversos objetivos, su dinámico acontecer. Nosotros lo hacemos también.

El propio “epicentro” no está exento de prejuicios y en su accionar utiliza preconceptos humanos que vienen desde los tiempos pretéritos. Nadie desconoce que se ha edificado un poderoso aparato intelectual potente, como la Física, elaborada en base a un parámetro – el tiempo - cuyas propiedades de continuidad y constancia fueron asignadas arbitrariamente ya por los asirios y caldeos, sin ser posteriormente sometido a un análisis exhaustivo como lo fue su par el espacio. Ese t es un escalón en todo el aparato analítico y así se halla en las transformadas de Lorentz; nadie se ha tomado el trabajo de efectuar un análisis utilizando un desarrollo sistemático instrumental en función del espacio – e – por ejemplo; para ver el comportamiento de esas estructuras temporales básicas de nuestro conocimiento, bajo la perspectiva de otros parámetros posibles.

El autor, desde su marcada posición impúdica e ignorante, se ha permitido jugar con esas realidades diversas histórico-factuales, desarrollando una construcción ficcional cuyo objetivo es el mero “divertimiento” de un lector inquieto, como el que nos visita regularmente, en el que busca despertar curiosidad y dudas positivas. Al menos para abandonar esa tediosa rutina intelectual de las construcciones literarias comunes en las que se refugian habitualmente las personas por comodidad.

Caprichosamente se ha jugado con todo eso, tratando de lograr tal objetivo.

Formulamos votos por que así se comprenda y se acepte el esfuerzo que lleva como título “Los Solitarios”, que siempre fueron factor determinante de toda la historia. A ellos tenemos que apoyar y de ellos tenemos que cuidarnos. Por supuesto, todo contacto con la realidad “es mera casualidad”.

Los Solitarios

Edgardo Ronald
Minniti Morgan

Novela

Ediciones Virtuales Eta Carinae

*

η Car



El autor, nacido en San Javier, provincia de Santa Fe, Argentina y radicado en Córdoba, es poeta, escritor, historiador especializado en la historia regional y de la astronomía, divulgador científico - Ex docente del Observatorio Astronómico de la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil de Rosario; como así Director del Boletín Astronómico de ese Observatorio y de la revista “Hoja Astronómica”, que alcanzaran divulgación internacional. Actualmente es miembro de la Red Mundial de Escritores en Español e integrante del Grupo de Enseñanza, Difusión e Historia de la Astronomía - Observatorio Astronómico de Córdoba – Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Se ha preocupado en sus trabajos por el hombre, el contexto y su enfrentamiento con la realidad diversa; la adquisición del conocimiento y sus respuestas, a veces inteligentes, otras caprichosas e irracionales, pero profundamente humanas.

Ha publicado anteriormente tres novelas (“Salvajes Palmeras del Pájaro Blanco”, “Dicen que fue el Último” y “El Flaco”), tres libros de poesía (“Mandato Cumplido”, “Madrugales” y “Una Rosa Roja”); un ensayo poético (“Poesía”); un libro de cuentos (“Para Leer en el Tren Bala”); dos libros ilustrados con pinturas de Nydia Del Barco (“Óleos para Leer” y “Palabras para Pintar”); la historia de su región natal (“Cabalgando en la Memoria”), diversas monografías; siendo coautor de un libro de divulgación astronómica (“Infinito”-Maravillas del Cielo Austral) y dos obras de historia del Observatorio Nacional Argentino (“Uranometría 2001” y “Córdoba Estelar) – estas últimas en coautoría; entre otros múltiples trabajos literarios y de investigación histórica en libros, revistas y diarios del país y el extranjero; como así trabajos historiográficos y astronómicos en la Webb: Lidea, de la LIADA - (Laboratorio Ibero Americano de Astronomía); HistoLIADA, e historiadelastronomia.wordpress.com.

Ha sido objeto de diversos premios nacionales e internacionales por su obra; destacándose el premio internacional Herbert C. Pollock - 2005.

© Edgardo Ronald Minniti Morgan

e-mail: erminniti@hotmail.com y minnitimorgan@yahoo.com.ar

Todos los derechos reservados - All right reserved.

(Se autoriza su reproducción digital total o parcial con expresa mención de la fuente).

Córdoba – Argentina - 2011

Portada: “Cabeza de Caballo” – Óleo de Nydia Del Barco

LOS SOLITARIOS

Novela Alineal

“El creador tiene la visión de algo inexistente antes de ella. Puede hacer vivir su visión, realizarla”.

Arnold Schönberg

CAPÍTULO I ESPACIO VITAL

Estaba cansado. No le quedaba otro recurso que seguir caminando rápidamente, aparentando indiferencia. Recorría los últimos tramos de la calle del nivel inferior, en dirección a su domicilio.

Con sus setenta años recién cumplidos, pasó a formar parte del material humano descartable. Ese excedente de población que se repudia hasta en los prostíbulos del séptimo nivel.

La comunicación invitándolo a concurrir al centro biogramático “para un control de rutina”, completó la alarma.

No podía soportarlo. Sentía profundo respeto por su persona, todavía plena de facultades creadoras y potencia. Lo probaba el abundante flujo de estereogramas que acreditaban su participación en los programas de la tevirtual.

Ingresó a la vivienda haciendo señas al portero. Evitó denunciar su ingreso utilizando la tarjeta personal.

- ¡Buenos aires Andros, gracias! Olvidé mi tarjeta en el otro capuchón - dijo mientras descorría el cierre de la funda protectora y respiraba libremente la atmósfera purificada del recinto.

Descendió al habitáculo propio. Se dirigió directamente a la chimenea falsa que adornaba la pared. Descorrió el montículo de leños artificiales, para dejar al descubierto la puerta trampa que daba acceso a lo que fuera uno de los múltiples depósitos de agua de la estructura.

Fue una idea brillante aprovechar el colapso del sistema acaecido hacía un par de años, para empalmar y derivar a los receptáculos vecinos, los conductos de agua que alimentaban ese tanque intermediario. Le permitió un excepcional escondrijo para burlar las inspecciones. El respiradero con una conveniente trampa de agua, facilitaba la entrada y filtrado del aire necesario. Comprobó que todo estuviese en orden para la supervivencia. Varias botellas de oxígeno, alimentos condensados y la espita al tanque central, con la mejor agua destinada a los primeros niveles, brindaban confort. Sonrió satisfecho.

Transcurrida la fecha para la cita, no se hicieron esperar. Eran dos y volverían. Con calma, comenzó a preparar la recepción. Puso en marcha lenta el extractor superior. Liberó el anhídrido carbónico de los extintores. El equipo de

buceo le permitió respirar.

Había agotado dos tercios del depósito de oxígeno cuando el timbre anunció la visita prevista. Por control a distancia, abrió la puerta. Una vez que ingresaron descendiendo la escalera, la cerró nuevamente, trabándola. Miraron alrededor; la falta de oxígeno comenzaba a hacerse sentir.

Corrieron hacia la entrada y golpearon la plancha de metal que cerraba la salida. Fue en vano. Cayeron blandamente.

Después de renovar el ambiente, revisó los bolsillos de los sabuesos.

- Enviaron dos del mejor nivel. ¡Me halaga! - exclamó riendo, con la seguridad de no ser oído. La descontaminación sonora era efectiva.

Se cuidó de llevar a "su cueva" los adminículos, armas y documentos que pudieren serle de utilidad y regresó con una película de plastyon. Cubrió el centro del lugar, colocando encima los cuerpos exánimes. Despacio los fue fraccionando para arrojarlos por la boca de residuos durante la noche, cuando clausuraran diez minutos los pasillos para la desinfección gaseosa.

A su retorno, se quitó el equipo de buceo y lavó todo destruyendo la película delatora. Tomó los registros holográficos y dio forma a la máscara de tejido orgánico, con el rostro del estereograma de uno de ellos. Le brindaría el cambio de identidad necesario para borrar el efecto visible de los años.

Pasaría tiempo antes que se diera la alarma por la deserción; solo traería aparejado el corte de los suministros con tarjeta; salvo una redada por disturbios, nadie se ocuparía por solo dos personas.

Selló la boca de acceso al habitáculo secreto convenientemente dispuesto para el letargo. Retornaría cuando tomara la identidad del nuevo ocupante. Se encaminó al otro apartamento, distante ubicado a dos niveles arriba, refugio de uno de ellos.

La tarjeta de identificación tomada era mágica. Abría todas las puertas.

Una vez instalado, operó la terminal para dar el informe del supuesto cumplimiento de la misión. De su existencia quedaba sólo el número. A esa altura, teóricamente estaba reciclado. Nadie se tomaba el trabajo de cotejar otras señas, cuando el dato venía de esa fuente. Se pagaban mucho los permisos de embarazo. Bastaba una denuncia así, de una baja, para que el ordenador central liberara uno.

Rió para sus adentros. La ironía era grande. Alguien, necesariamente se abriría camino a codazos para lograr el espacio en el que pretenderían colocarlo en su lugar. No importaba. Dos que seguían nominalmente vivos habían procedido a cederlos para ambos.

Tal vez averiguara quien era esa suerte de nieto que acompañaría su aventura de vivir. Tal vez.

Plácidamente se reclinó, conectándose a la tevirtual con su nueva identidad.

La atmósfera azulada, se deshacía en hilachas que enturbiaban la percepción de los últimos estrados. La iluminación rojiza ayudaba a que sus figuras llegaran hasta ellos desde el escenario.

Algunos cuchicheaban entre sí. Otros tosían. La mayoría, indiferente, dejaba resbalar su vista hacia el pozo interior, desenredando alguna canción que era acompañada por las palmas en las rodillas.

Muchos ni siquiera estaban. La mayoría permanecía en sus hogares y participaba con su presencia virtual a través del enlace de video. Era lo mismo.

El Director los fue recorriendo mientras giraba en semicírculo con los brazos en alto, enfocado por los reflectores.

- ¿Ningún viejo? – expresó con una voz potente impersonal, por los sonorizadores.

- ¡No! - fue la respuesta brindada al unísono. Los puños se cerraron y elevaron tanto allí, como en las alcobas.

- ¿Nada de senilidad? – insistió perentoriamente aquella voz.

- ¡No, no! - fue nuevamente el eco contundente, obsesivo.

- ¡Así debe ser!. El mundo es nuestro. ¡Es joven! – declamó la misma voz metálica.

- El mundo es nuestro. ¡Seguirá siéndolo! - respondieron todas las gargantas. Muchas roncadas por las largas horas que demandaba la jornada de reafirmación social.

Él también se sentía cansado. Con disimulo, observó el cronario. Era hora de concluir. No podía exigirse un mayor esfuerzo sin correr el riesgo de agotar al auditorio. Estaban exacerbados al máximo. Anticipaba para esa noche una buena cacería. Sonrió. Nadie podría desconocer este nuevo triunfo.

- ¡El mundo era de ellos y así lo han dejado! ¡Que paguen! - reafirmó golpeando con fuerza contra el apoyo. El golpe se escuchó debidamente amplificado.

- ¡Pagarán! - fue la respuesta unánime de miles de gargantas.

- ¡Vamos! - arriesgó alguien en alguna parte. Ese vamos se transformó en mil ecos que fueron vaciando el salón, las salas, los aposentos, a medida que los asistentes abandonaban furiosos los locales, mientras los inductores quedaban colgando muertos al costado de camas y sillones.

Cruzado de brazos, observó como el último detuvo su marcha en el portalón para hacer una obscena seña de acción. Estaba satisfecho. Las cacerías habían hecho descender el índice estadístico, a menos de un viejo por millón de habitantes. Por fin lograron nuevamente el control. Una epidemia de senectud había amenazado con romper el equilibrio dos años atrás. No era fácil controlar la nostalgia. Mucho menos manejar un conglomerado heterogéneo de más de doscientos millones de individuos, los organizados en esa ciudad. Los otros, nominalmente inexistentes.

Buen Aire era más una manifestación de deseos que una realidad objetiva coherente. El presintendente, había formulado cargos por varias supuestas anomalías. Y aún cuando no tenía la culpa de ellas, estaba en la línea de respoimputables. Tenía que actuar en consecuencia. Hasta ahora, resultaron exitosas las campañas emprendidas para salvar las deficiencias. Pudo probar que dos tercios de la población adhirió a ellas y la mitad, participó activamente. Durante dos meses se cancelaron una cincuentena de culpables diarios. Buen nivel por cierto. Superó los cuarenta logrados durante el mandato anterior. Constituían un buen espectáculo público que calmaba los nervios de la gente.

El presintendente abordó solo el cóptero. Estaba podrido de los demás, de esa masa amorfa. El lema había perecido en la acción de esa noche. Necesitaba retornar a su habitáculo, para recomponerse. Nadie comprendería esa acuciante voluntad de soledad que le tomaba a veces. Era a todas luces un resabio patológico que le preocupaba. No es que se hubiere vuelto nostálgico, como los

viejos. Se sabía así desde siempre. ¡Qué ironía!

Él, gran maestro público, ¡con esos ataques!

Cerró la puerta y fue arrojando sus prendas a medida que recorría el pasillo central. Esta vez su orgullo no afloró. Directamente fue al sillón y se colocó frente a la gran pared. Activó el panorámico y se sumergió en el paisaje arcaico de una puesta de sol en un desierto.

Los tonos ensangrentaron el recinto. Pleno el viento cálido reinaba. Solo él, agitándole los cabellos.

En algún momento de la noche había ingresado Nayia. Se hallaba desnuda a su lado con satisfacción evidente. Tiró del largo vello púbico. Apenas si ella gimoteó entre sueños. La dejó caer. Rodó blandamente a un costado.

Cerró el contacto. Ella desapareció.

Apagó el escenificador y le dio la espalda.

La bruma amarillenta se apretaba contra las vidrieras del ingestáculo. Le llevó tiempo escoger el sabor. Eran miles y la clasificación ayudaba poco hoy, inmerso en las nubes del desencanto matutino. Cerró los ojos y digitó uno cualquiera. Llevó al máximo el tonalizador, ajustó la temperatura y pisó el expedidor. Recibió su bocado personal que ingirió con indiferencia.

Comenzó a desbordarlo su condición de miembro directivo del primer nivel. Empezó a sentirse capaz de ajustarse otra vez a la realidad.

CAPITULO II

LEJANA SOLEDAD

El universo tenía dos polos. Uno permanentemente visible en el negro panel frontal del telescopio, arriba, a la derecha. El otro, también una débil mancha nebulosa, era observable hacia popa cuando activaban el telescopio retrovisor. Eran tan tenues, tan permanentes, inmodificables con el transcurso del tiempo, que daba lo mismo si eran una ilusión óptica, un defecto en el sistema o un capricho de los programadores. Sabía que tenía un nombre propio cada una de esas manchas. Los había olvidado. Se habían perdido en los pliegues de las vueltas, también dejadas de contar. Solo les llamaban Galax y daba lo mismo referirse a una o a otra. Carecía de sentido. Lo único que importaba era la navegación. Así se lo había enseñado su padre, mientras estuvo navegando. Un día cesó de hacerlo y él pasó a ocupar el lugar con Una. Recibieron dos hijos. Unito y Unita. Como debía ser. Ellos empezaron también a navegar y lo seguirían haciendo después que hubiere cesado. Terminado su viaje, les sucederían. Así era el juego. Había sido siempre. Cada muchas vueltas, comenzaban a cambiar y sobrevenía el reemplazo. Una compañía grata pero significativa. No se hacía ilusiones. Unito estaba casi como él en sus primeros recuerdos. Sin quererlo empezaba a tratar de calcular las vueltas. Una angustia pequeña se le formaba entonces en el ombligo y lo empujaba detrás de otros pensamientos. Sentía que por la persona de ese muchacho, todo comenzaba a escapársele.

Un y Una pequeños dormían y lo harían poco más de un cuarto de vuelta menor, para reemplazarlos por turno en la difícil tarea de los recorridos que debía efectuarse regularmente por la nave para verificar sus sistemas y estructura.

Revisó la secuencia. Le tocaba encender y dar máxima potencia al telescopio principal de proa y registrar lo de siempre mientras estuviera encendido: aquella mancha muy tenue de adelante. Se apagaba solo. Entonces cerraba los circuitos y otra vez la negrura sin sentido del espacio se cernía sobre la Nave.

Esta vez no ocurrió así. Algo raro, rarísimo, le golpeó los ojos acelerando notablemente el pulso. Una manchita rojiza quedó firme un cuarto de cuadrante hacia la izquierda de Galax de proa.

Revisó los indicadores de consumo por temor a fallas que originasen pérdida de energía, violando las normas básicas de economía que imperaban en el sistema y que debía defender a ultranza. Nada. Todo normal.

Cerró totalmente la iluminación. Hasta la propia luz roja que se encendía solo una vez por Cuenta.

No era un reflejo. Seguía estando allí. Sintió miedo. Un profundo miedo que le era difícil contener. Algo estaba cambiando y era intolerable. Doloroso. Al espacio le había nacido otro polo. No blanco azulado como los dos que le eran familiares. Uno rojizo, tenue. Esfumado también, pero de color mortecino, como sangre diluida.

Pálido, sudoroso, se dejó caer en el butacón. Estiró las piernas y resopló asombrado. Ninguno de los Uno anteriores había visto algo semejante. No hasta donde tenía memoria y había revisado la bitácora, tratando de buscar el sentido a

la navegación. No señor. Tenía en sus manos el registro del nacimiento de otro polo del mundo. Eso le generaba temor. ¿Sería el indicador de que se aproximaba el fin de su navegación? No. Uno pequeño no estaba aún preparado para reemplazarlo y mucho menos su juguetona compañera, extraña a la seriedad de Una.

Aspiró profundamente dos o tres veces y quedó allí con la vista clavada en la figura.

Cuando disminuyó el poder del instrumento, desapareció junto con el polo normal. Todo volvió a su estado natural. Miró alrededor. La oscuridad lo golpeó. Apresuró el encendido de las luces y recorrió rápidamente la secuencia de acciones que debía desplegar. Estaba retrasado y ahora, por nada, quería perder su vuelta libre, por ninguna omisión. Repasó la lista completa.

Encendió nuevamente el aparato y fue dándole poder progresivamente. Allí estaba de nuevo, acentuándose hasta que llegó al límite posible. Hizo el registro propio y apagó el instrumento. El consumo de energía debía ser evitado en lo posible, estaba escrito y así se le había enseñado.

Pensativo, caminó en redondo por el recinto. Estaba desconcertado. No sabía qué hacer.

Se volvió al pasillo y gritó fuerte llamándola, como no lo había hecho en muchas vueltas.

-¡Una!

El eco de su voz fue devuelto repetidas veces por los conductos que convergían a la sala de mandos. Murió a sus pies el sonido sin respuesta.

-¡Una! - insistió abriendo la línea de altavoces que llenó todos los recintos con su perentoriedad.

-¡Voy!- le respondieron metálicamente desde algún lugar.

Los minutos pasaron en profundo silencio hasta que, en la distancia, se recortó el móvil que la acercaba.

El chistido neumático puso fin abruptamente al traslado y la puerta le devolvió la figura de la amiga perentoriamente convocada.

-¿Qué pasa ahora? No veo señales de emergencia - inquirió ella tras repasar los indicadores luminosos del tablero central.

-Vení, necesito mostrarte una cosa. Algo ha cambiado y no me atrevo a realizar conjeturas.

-¿Dónde?

-Afuera

-¿Estás loco? Afuera nada cambia nunca.

-Lo ha hecho.

-No. Callate. No sigás.

-No puedo evitarlo. Debo enterarte.

-Insistis en tu locura y me querés embarcar en ella.

-No es mi locura. Esperá un poco antes de abrir juicio. Es el tevescopio. Mostró otro polo cuando lo encendí. De pronto, imprevistamente...- continuó lleno de pánico ante el rostro asombrado de la mujer - ...apareció otra galax. Esta vez rojiza.

-A lo mejor estuvo siempre allí y nadie la vio.

-La loca sos vos ahora. ¡Imposible!. Está en el campo de visión del polo de proa. No se puede dejar de verla.

-Pero..., ¿estás seguro?

-Lo registré. Vení, vamos a verla - insistió gozoso de poder compartir

tamaño carga.

Ambos se agacharon ansiosamente sobre la pantalla que mostró sin lugar a dudas aquella mácula enrojecida.

Aumentó el contraste, le dio zoom. Nada se alteró. El aumento de poder solo trajo una mayor indefinición. La imagen no mejoraba. Por el contrario. Los micropíxeles aparecía groseros, agrupándose como fichas del Juego.

Sintió una opresión en la cabeza, de solo pensar que debía consultar al Instructorio. Nadie lo había hecho en generaciones de unos. Ni tan siquiera sabía si funcionaba y cómo.

Su mujer leyó en el rostro las reacciones y lo interrogó en silencio.

-No haremos nada por ahora. Solo pensar. Mañana exploraré el Instructorio.

- ¿El Instructorio? ¿Estás seguro? ¿Será necesario?

-Lo estuve meditando hasta ahora. No queda otra salida.

-Nunca nadie mencionó esta posibilidad. Pero el Precepto dice que ante lo imprevisto, no se debe actuar sin consultarlo, salvo casos de extrema urgencia.

Aquella media vuelta menor, tuvieron que conectarse para poder dormir. La tensión extrema los tenía en vilo y fueron vanos los intentos de iniciar el juego personal. Cada uno estaba profundamente metido en su propia preocupación y el contacto irritaba, en lugar de generar placer.

Pulsó los controles y se encendió la luz roja en el panel superior de la puerta. Tuvo que esperar que en interior del habitáculo se estabilizara la presión y la temperatura. Los ambientes, cuando no se utilizaban, se despresurizaban y el aire se embotellaba. Al encenderse la pupila verde, ingresó al local envuelto en el silencio propio de los recintos nunca visitados.

Miró a su alrededor. A la memoria venían las enseñanzas recibidas hacía mucho tiempo. Incontables vueltas atrás desde que el Uno Mayor lo trajera de la mano y le indicara respecto de la forma de encararlo.

Se arrellanó en el butacón y movió la única perilla existente en el lustroso panel liso, impersonal.

La pantalla se encendió y una extraña voz sintética correctamente modulada, expresó:

- Verifique que sea una emergencia.

- Lo es- respondió con certeza.

- ¿Afecta el interior o el exterior de la nave?

- No sé

-¿Cómo?

- Sí. La pantalla del telescopio de proa acusa un tercer polo del mundo.

-¿Polo?

-Claro. Otra imagen fuera de las dos galax que se veían hasta ahora.

- ¿Efectuó el registro?

- Por supuesto.

- Deme la secuencia identificatoria del mismo.

- No la recuerdo...Es la última...- agregó con vacilación. No tuvo en cuenta ese detalle que evidentemente era importante. Nunca leía la identificación de los registros. Nadie lo hacía. Sencillamente los guardaban, sin memorizarlos. Consultaría con Una. Ella era más práctica.

- Un momento - ordenó la voz.

Con la vista recorrió el recinto. No tenía características particulares. No lo

extrañaría. Era igual a los cientos de cubículos que formaban el todo conocido. No se sintió ajeno al lugar. Su temor fue desapareciendo poco a poco. Se había generado por la abrupta intromisión en su navegación, por aquella voz despersonalizada. La primera que oía ajena a los pocos unos con que se había vinculado a lo largo del tiempo.

- Deberá proceder de acuerdo con las instrucciones escritas.

Mientras era pronunciado esto, por la ranura al alcance de su mano fue emergiendo una hoja de papel blanco, lustroso, que cayó blandamente. Lo tomó y sin alcanzar a leerlo, preguntó:

- ¿Es todo?

El silencio se había posesionado de la estancia. Miró como los indicadores se iban apagando y se retiró caminando para atrás, reverentemente. Cuando cerró la puerta, alcanzó a percibir tras el seco chasquido del cierre, el sibilante ruido del aire aspirado rápidamente.

Los hechos se habían eslabonado precipitadamente, abrumándolo. Miró para todos lados como si necesitara orientarse.

Allí estaba, parado en el medio del pasillo central, con un papel en la mano y un ovillo en la cabeza. Caminó mirando el piso verde hacia el familiar puesto de mando. Entró a dudar de estar capacitado para sus funciones...

CAPÍTULO III

SER UNA

Reflejos ondulantes recorrían las paredes a medida que agitaba la superficie del agua. Las farolas se quebraban en estrellitas que recorrían la figura inquieta de su cuerpo. Aspiró hondamente. Dio un par de brazadas y emergió exultante. Las perlas dejaron un charco a los pies. Caminó despacio, sintiendo el fresco agradable del piso. Necesitaba una ducha.

El rápido chorro de agua pura barrió con los resabios indeseables del agua común. Caminó al dormitorio. Los espejos la devolvieron multiplicada. De frente, de perfil, de atrás. Se miró otra vez. Tocó sus pezones. Lo necesitaba. Adentro comenzó a crecer un vacío que amenazaba devorarla. La ansiedad, corrosiva, la enardecía aún más. Se había limpiado para él. Conectó el integráfono. Pulsó varias veces las teclas, buscando los números que lo traerían. La hora era adecuada. Entendía que él también necesitaba de ella. Debería estar extrañándola. Seleccionó la música de fondo. Se arrellanó en la banqueta. Sus ojos recorrían la habitación sin ver. Su mente recreaba el encuentro, exacerbándola.

Nada. Los números permanecían sordos. En cada caso, una imagen estereotipada del lugar de destino, devolvía silencio con la negativa de contacto.

- ¡Putá matría! - exclamó nerviosa. Arrojó el vaso contra la pared. Los cubitos se dispersaron.

Era la furia. No había grabado el encuentro anterior. Las torpes vacilaciones iniciales del primer escarceo, hicieron que olvidase oprimir el botón de registro. El éxtasis posterior se perdió irremisiblemente sin posibilidad de repetición. Puteó otra vez.

Fue en vano. Los números siguieron sordos. Solo cambiaban las imágenes de destino, confirmando el arribo de la señal y la ausencia de respuesta. No aparecía él por ningún lado. Fue inútil la búsqueda sistemática que encomendó al Centro.

“¿Seguirá vivo?” - se preguntó. Ya tendría que haberlo hallado. No era un don nadie. No se borraba de la faz de la ciudad así nomás.

Para colmo ese deseo. Intenso, animal. Comprendió que iba cayendo. La desesperación la llevó a cerrar el contacto. Se odió. Tal vez debería insistir. Ordenó la permanencia de la búsqueda en forma automática y giró hacia la agenda. Le dolía en el alma. Estaba el extraño e inabordable Iuno aguardando en la espera. Su orgullo le impedía convocar el encuentro directo con él. Había rechazado la propuesta del día anterior. No le interesaba. Pensó que tenía al otro. Ahora se borró. Era evidente la cancelación de todo contacto. Aún conservaba el registro de aquel acercamiento anterior con Iuno. Entonces no había sido tan tonta. Estaba grabado. No lo borró por simple torpeza. Se había propuesto hacerlo para separarlo de su existencia. Con avidez, recorrió la nómina y lo seleccionó.

La caza de esa noche había llevado sus nervios al límite.

Se enchufó y pulsó ENTER.

Comenzó a sumergirse en la primera oleada de placer. Fue arrancada del mundo.

La señal intermitente de la comunicación pedida, comenzó a parpadear en el tablero del costado. Era tarde, ella volaba en brazos del amante sustituto virtual.

Escaleras, ascensores, rampas, fueron invadidas por una alegre multitud que caminaba, corría, o simplemente estaba quieta en los vanos, alerta a la presencia de algún sospechoso.

Cualquiera podía serlo. Haciendo uso del inalienable derecho ciudadano, requerían y mostraban documentos. Los más afortunados, se permitían utilizar retinómetros para buscar esclerosis.

Todos estaban alertas. Obsesivos.

Las cabezas gachas de algunos desafortunados emergían de las bolsas negras con cierre, agrupadas en las curvas, imposibilitados de todo movimiento. Ya pasaría el semión a retirarlos. Habría una pequeña fiesta a su alrededor cuando lo hiciese. Los jóvenes, casi concluyendo la batida, comenzaron a reunirse. La iluminación aumentada, daba un brillo alegre, inusual a los planos reverberantes. Las canciones llegaban en oleadas, junto con alguno que otro batir de palmas, cuando se hubo concretado otra detención de un viejo en algún lugar.

- ¡Qué suerte tenés! Capturaste dos viejos en una noche. ¡Sos un macho! ¡Dame tu número, por favor! Te visito.

- Esta noche no. Tengo el acto de entrega.

- No importa. Mañana, pasado, cuando quieras, pero dame la clave.

La tarjeta de ella fue puesta en contacto con la que su interlocutor le tendió. Concretada la transferencia, ella se acercó tímidamente y apoyó su frente en la de él. El contacto fue rápido. Un sentido homenaje a su valor.

Cuando ella se volvió, presuroso, el joven pasó el pañuelo húmedo en desinfectante por la zona enrojecida de su cara y lo arrojó en la primera boca de deshechos.

No debía hacerse. Tendría que haber evitado todo contacto directo. Sin embargo lo hizo.

Comenzó a recordarla seriamente. Era valiente la mujer. Empezó a pensar en abandonar a Nérida. Tal vez se estuviese convirtiendo en aburrida. Esta sí que era una mujer. Ya no se lamentó haber permitido arriesgar la piel. Por las dudas, se pasó otro pañuelo mojado.

CAPÍTULO IV UNA MÁS

- ¡Matalo Uno! No perdás tiempo en elucubraciones inútiles. Debe ser reciclado. Ha perdido su compañera. No fue elegido solo por su capacidad intelectual. Se privilegiaron sus aptitudes para reproducirse. Constituyeron una pareja, como nosotros. El solo no cuenta.

- No puedo. Es un Hombre.

- Una cosa fría.

- Dejará de serlo en instantes.

- Qué haremos con él solo. Su compañera no está.

- No sé. No me toca decidirlo. Solo debo cumplir. El Instructorio ordenó activarlo.

- ¡Qué nos espera Uno?

- Te dije. Realmente no sé.

- ¿Cómo es un Hombre?

- No preguntes tonterías. ¿Quién puede saberlo? Ningún Uno tuvo contacto con ellos, excepto aquí, en el Híber.

- ¡Matalo Uno! Puede ser peligroso para nosotros.

- ¿Estás loca? ¿Matar a un hombre?

- ¿Qué puede pasar?

- Algo. Nadie mata un hombre. Antes deberé interrogar al Instructorio.

Una se volvió con desdén. Se alejó para continuar con su rutina. Una pena grande lo embargó. Ella no comprendía. Él tampoco. Sin embargo trataba de hacerlo. No se podía actuar por actuar nomás. Sin medir las consecuencias.

Oprimió el botón rojo y se sentó a esperar. Los helados ojos de Hombre, insistían en no decirle nada.

El panel transparente comenzó a opacarse por la condensación. La figura se fue esfumando hasta casi perderse. El panel se abrió haciéndolo saltar. Respetuosamente se acercó. La palidez de la muerte comenzó a diluirse también. Le pareció percibir alguno que otro movimiento errático. Tuvo miedo.

- ¡Una! ¡Una! ¡Vení!

Ella estaba cerca. Solo había ocultado su presencia. La curiosidad pudo más que su furia contenida.

- ¿Qué? - expresó haciéndose la desentendida.

- Me pareció que se movió.

- ¿Te parece? No noto nada.

- Fue solo un tic.

- Tenemos la conversación con La Máquina. No te olvides. Estamos convocados.

- No. Hoy no. Activamos el botón. Está el hombre. Debemos cuidarlo. Tiene prioridad.

- ¿Y el castigo?

- No habrá penas. Nuestra obligación está aquí. Lo sabés. ¡No seas necia!

El silencio se enseñoreó del lugar. Cuatro ojos enfocaban inquietos al hombre y aguardaban.

CAPÍTULO V

DEBIA HACERSE

- ¡A levantarse, vamos!

- Meria, dejame dormir otro poquito.

La voz de las brumas se perdió estropajosa, sin respuesta. Tuvo que sentarse en el borde de la cama. Extendió los brazos, empujándolos con un bostezo quejoso.

- No hay derecho. Tengo que descansar.

- La tina espera. No derroches agua al ducharte.

- Meria. ¡Qué pesada estás hoy!

- Si no fuera por mí, ¿qué harías?

- Callate cargosa. ¡Seguir durmiendo ¡Ah!

- Eso pasa por abusar de los encuentros. Te prevengo que...

No la escuchó. Rápidamente salió.

El cubículo la recibió con vaporosa calidez. Se sumergió. El relajamiento alejó la tensión del esfuerzo, adormeciéndola.

- El desayuno se enfría. Vamos de una vez. Tenés que hacer gimnasia. ¡No perdás tiempo!

Abrió grandes sus ojos. La mirada resbaló por las paredes brillantes.

- ¡Basta Meria! Lo único que lograrás será que te odie.

- No puedo evitarlo. Lo sabés. El castigo es ineludible. ¡Apurate! No somos nosotros. Es la gente lo importante. Vamos.

El eslogan sonó hipócritamente, hiriendo su conciencia.

-La gente, ¡mierda! – exclamó irreprimible al borde del colapso. Pero se levantó. Pasó rápidamente por la ducha neutra y encaminó sus pasos a la mesa lustrosa.

- Antes la gimnasia respiratoria.

- Meria, ¡no!

- Parate. Aspirá profundamente. Mové los brazos.

- Sí. Ya sé. Uno, dos..., uno dos....- expresó mientras se movía sin compás.

Le sacó la lengua. Sin embargo, optó por hacerlo

- ¿Qué querés que te sirva?

Esas palabras resonaron cáusticamente en su interior.

-No quiero nada - agregó rebelde.

- Vamos, debés desayunar. Nadie prosigue sin hacerlo. Apurate, es hora de reunirte con la gente. No te conviene faltar.

-Lo que Meria quiera. Yo no tengo ganas.

- ¿Estás enferma?

- No

- ¿Entonces?

- No tengo ganas, nada más. ¿Acaso no entendés?

- Nadie rehuye estar con la gente.

- Lo sé. No quiero comer.

- No perdás tiempo entonces. Estoy sintiendo las señales para la interconexión. Apurate. No esconderé tu falta. No señorita. ¡No!

La miró con rabia. Aún recordaba las descargas recibidas la semana anterior, por cinco minutos de retraso en el enganche.

- Sos una hija de puta, Meria.

- Soy yo. No te quejés. Nada puedo hacer.

- Sí. ¡Irte a la mierda!

La rabia crecía en su interior. Estaba exhausta. No soportaba más esa tiranía constante. Regulaba con religioso fanatismo todas sus rutinas. Que para mantenerla en forma. Que para resolver una tensión. Que solamente para joderla, como ahora...

Levantó la consola con ambas manos y la arrojó con fuerza hacia su gigantesco ojo rectangular. La pantalla estalló humeante.

- No debiste hacer eso. Te costará caro - recriminó el sintetizador - No podés hacer nada sin mí. Lo sabés.

Corrió a la cocina. Se agachó. Le dio trabajo hacer saltar la tapa de conexiones. Tomó la manguera roja y la seccionó con el cortador de pan. El silencio fue por fin establecido.

Sola, con la cabeza sobre su brazo, sintió que había empezado a morir. Lloraba quedamente.

Meria la despertó nuevamente. Miró a su alrededor desconcertada.

- ¡Hola Meria querida!

- Buen día Nayia. Tenés que levantarte.

- Enseguida.

Corrió al lavatorio. Mientras secaba su rostro, observó una mancha rojiza, como una moneda, en la frente. La tocó. No denotaba diferencia al tacto. Solo el enrojecimiento.

- ¿Qué me paso Meria?

- Te habrás rascado. No noté nada anoche.

- ¿Sin rencor? - adelantó vacilante, dudando todavía de si había sido un sueño.

- ¿Por qué rencor? Sos una buena chica.

- Trato de serlo.

- Bueno, apurate.

La patrulla había efectuado un buen trabajo.

CAPÍTULO VI POLÍTICAS

Llegó la hora de la reunión. El Presintendente no aguardaba. Recompuso su

figura y activó el visor personal. Los emblemas oficiales emergieron como por ensalmo y quedaron allí, mientras la marcha de la ciudad repetía en sordina sus compases regulares, cambiando aleatoriamente su ritmo y su tono. Trató de hacer oídos sordos. De golpe estuvo frente a él en su despacho, del mismo modo que la autoridad se personalizó en su domicilio.

- ¡Buen aire, Cloio!

- Buen aire, señor - Respondió respetuosamente.

- ¿Qué hacemos hoy por la gente?

- ¡Todo!

Trató de denotar convicción.

Cumplido el protocolo, se relajó algo al ver que también se distendía.

- Antes que nada, debo felicitarte. La cacería fue un éxito. Batimos los records. Casi sesenta reciclados ayer. Los cubos matriciales trabajan a pleno. ¿Tenés alguna amiga que quieras beneficiar?

- ¿Nayia? - adelantó indeciso.

- La que quieras. Te lo haz ganado - fue su respuesta. Tomó nota del nombre.

- Programé un acto en la plaza hoy, para celebrarlo. Correrán los estímulos.

- ¿Hoy? - No pudo ocultar su desencanto.

- ¿No podés?

- No señor, faltaba más. Solo una partida de caza.

- No te preocupés. No te puedo negar nada hoy. Libraré tu pase.

- ¡Gracias señor! - agregó tímidamente.

- ¿Solo?

- Creo que no. Me aprestaba a organizarla. Se puede postergar.

- No hace falta. Avisame.

La pantalla se oscureció de golpe. Suspiró relajado. La vida empezaba a sonreírle.

- Cloio, maestro - indicó al guardia, mostrando el pase del presintendente. Su mano describió un arco, abarcando al grupo acompañante. Tres hombre y una mujer. Nayia era de la partida. Fueron acompañados al pabellón. Las panoplias hacían alardes de la belicosa inventiva humana.

Fueron discretos. Eligieron pistolas neutrónicas.

La concesión presidencial los habilitaba para cualquier armamento.

Los cópteros parecían nerviosos, movidos por sus poderosos motores en “rallenti”.

El muro de la ciudad se perdía a los pocos metros. Una bruma cremosa lo borraba. Encendieron los visores de ondas largas y emprendieron vuelo.

Tenían ante sí una inmensa llanura solo recorrida por los vientos. Se elevaron. La planicie no mostraba otro accidente que algún cauce híbrido. Viento, polvo y bruma. No se amilanaron. Sabían por delaciones, que grupos de viejos deambulaban en esos páramos, dispersos para no atraer atención. Pero confiaban en las necesidades básicas. Los cursos de agua los atraerían.

Un meandro del Caracañá, al pié de las sierras corbesas, los distrajo. Débiles señales infrarrojas eran detectadas en el mismo.

Describieron un arco y descendieron en picada.

El panorama en las pantallas era fantasmagórico. Formas verdes, azuladas o rojizas. Parecían inmersos en un viscoso líquido multicolor.

Algo se movió buscando una barranca. No esperaron. Descendieron. Bajaron la visera de los cascos y corrieron en zigzag tras las sombras.

Nada.

No importaba.

Las pistolas dispararon casi al unísono. Los fantasmas de milenios de deposiciones geológicas, buscaron el nirvana. Uno de los disparos dio en el hombro del joven mutante que trataba de huir en dirección a un barranco. Parte de la piel y toda la protección del hombro se volatilizaron. Rodó y su figura se confundió con unos muñones vegetales que también pugnaban por sobrevivir. A su espalda, las sierras destacaban su perfil acogedor. No debía haber bajado. Cuando vio que se desentendían de él, caminó hacia ellas por la quebrada. El intenso odio que lo embargaba le impidió escuchar el reclamo de ayuda de su hermana.

- ¡Hermano, vení, dame una mano!

La suplica se perdió a sus espaldas. Estaba sordo, ciego y mudo. Solo ese odio hecho carne movía sus desgastadas extremidades. Detrás, casi en el límite del paisaje, quedaban los muñones irredentos de Corba, la vieja y orgullosa ciudad abandonada.

Trepó duramente la cuesta. El camino aparecía blanquecino a la luz de las estrellas. De vez en cuando, el batir de alas alarmado de un ave entre el escuálido ramaje, denotaba la vida terca; quebraba el murmullo mono tónico del viento suave que castigando la frente, se llevaba las gotas de sudor que habían llegado a perlarla por el esfuerzo. Perdió la noción del tiempo; también ya carecía de sentido. Simplemente su ira lo llevaba hacia arriba, desde el comienzo.

Por ahí, en algún claro, el cielo abría su negra mano cuajada de diamantes; mostraba su faja de encajes ciñendo la cintura de la noche, que largamente había cerrado su bóveda, implantando la permanencia del silencio previo a una sinfonía desconocida.

La curva de la senda desembocó en una explanada fantasmal. La altura, la apertura de golpe a esa otra parte abierta al cielo y el aire fresco, llevaron a Natio más allá de toda experiencia.

El camino concluía allí, en una puerta de la gigantesca estructura que recortaba el tapiz celeste con contornos azabache de sus paredes de piedra tallada. Se hallaba en la zona prohibida. ¿Acaso importaba eso?

Una llave grande, antigua, pendía de un clavo en un rincón del pequeño nicho de acceso; pudo precisarlo con el primer fósforo que se atrevió a encender. El viento se lo llevó lejos rápidamente. La tomó, la introdujo y la hizo girar. Tuvo que empujar con fuerza, abriéndola solamente lo necesario para ingresar a un recinto amplio, casi como el cielo, con su pálido techo bien alto y una escalera al final.

La boca de una puerta abierta lo llevó a una habitación lateral, disimulada por un vano, como un cuadro opaco en unas de las paredes. Otro fósforo. Una mesa, sillas y un manojo de llaves diversas en un panel. Agitó la caja. No quedaban muchas cerillas, así que quemó el último trozo de papel que pudo encontrar en los bolsillos, rogando que no contuviera nada importante. La llama intensa deslumbró por un instante y solo mostró más claro lo que ya había percibido con la pequeña. La mesa, las sillas y esas llaves. Ya se quemaba los dedos y no había podido agregar nada. Más luz no le trajo cosas nuevas, solo un encandilamiento que lo retuvo un momento innecesario, antes de retomar la marcha. Hurgó en las inmediaciones

del sitio hasta dar a tientas con el llavero. Lo tomó y emprendió la escalera que, después de la trepada, se le antojó infinita; el deslizarse de la mano por su baranda, lo guió hasta el último descanso. Otra puerta y ningún fósforo. Solo el dedo inquieto, nervioso, recorriendo el contorno de la boca de la cerradura para ir probando cual de todas aquellas llaves la accionaba. Al fin, con la sexta de las muchas que pesaban en su mano, pudo abrirla. Otro recinto amplio y muchas puertas. Tomó en principio la del lado opuesto, presintiendo que era la más directa. Nadie pone el final en las intermedias. Y tal vez no se equivocaba. Otra escalera. Más angosta, más empinada, más corta.

Llegó hasta donde debía. A otra puerta. Sólida, de madera. Dió varios golpes en la misma, solo para despertar el eco dormido, atenuado, polvoriento... Tampoco el silbido agudo o el grito de llamada logró nada. Apenas el silencio quejumbroso detrás, después del estruendo.

Fueron probadas varias llaves, muchas más, antes de lograr abrirla con un chirrido suave, amable. Había buen aire allí dentro. Fue rodeando la pared derecha hasta el encuentro con otra puerta y otro intento. La música del tintineo del manajo lo acompañó un instante hasta que cedió el acceso. Ingresó con la mano extendida dos pasos y optó por seguir también la pared con los dedos. Daba a un hueco, esta vez sin puerta. Penetró y subió rápidamente, escalón a escalón; fueron quince en caracol y la baranda giró sobre sí en el último descanso para dar a un lugar abierto.

- ¡Oh! - exclamó fuerte, para romper aquel silencio y ese miedo. El eco contestó lejano, amplio, denso. Casi diría que se hallaba en un templo. Ahora sí se imponía otro fósforo, el que la paciencia y la calma habían conservado para entonces. Su luz se abrió en flor y se lo mostró gigantesco. Allí estaba, echado, con su único ojo en el vasto, enorme cubículo, mirando hacia arriba. Asombrado, se quemó los dedos. Otro fósforo, el último, le hizo correr hacia la manivela que operaba la superlativa ventana curva; comenzó a hacerla girar con esfuerzo. Poco a poco con fuertes chirridos, se fue abriendo la raja. Al principio una línea, una estrella; después un cinturón y luego el aire pleno, que se volcó a raudales, junto con el cielo.

Allá, distante, una mancha nebulosa parecía ser el destino cierto de su sueño. No lo pudo compartir. Su ignorancia le acertaba las piernas; podaba sus alas que creía vastas y elegantes. Apenas si conmovido intensamente, atinó a cerrar esa puerta y a huir casi corriendo; el cielo era demasiado vasto, incomprensible.

Dejó al telescopio dormido. Alguna vez, alguien, vendría detrás; compartiría sus secretos. De seguro, el no. El miedo atenaceaba las articulaciones.

Con profundo silencio reverente, desanduvo el camino casi en puntas de pie para no quebrar el momento. Comenzaba a olvidar aquella inexplicable ansiedad celeste, que impuso un temeroso respeto...

Lo dominaba la certeza de que estaba vedado compartir el secreto. El conocimiento estaba prohibido. Las severas penas impuestas por Ellos asustaban a cualquiera. La ciencia era la causa de los males que padecían. Solo sobrevivía una técnica despiadada que les permitía sobrevivir.

Temblando, miró a su alrededor. Le iba la vida en esa aventura. Sin embargo, sabía que volvería. Algo roto en su interior, se lo decía con insistencia.

Natio, durmió por fin al pie del cerro, contra una piedra que aún conservaba la calidez del día..

CAPÍTULO VII

EL FIN DE LA AVENTURA

Fue emocionante. Jadeando, cada uno dio su versión del destino del disparo.
Que una vieja. Que un viejo, Cada cual anotó un ejemplar para su memoria.

Cloio se apartó de la reunión y se aproximó al cauce. El ruido de su orina en el agua y los círculos abriéndose, lo distrajeran un instante. No se percató de Nayia, que se acercaba. Ella esperó prudentemente a que terminara su acción. Ninguna humana que se precie, podía participar de esos actos. Las contactoras no lo permitían.

Cuando él suspiró aliviado y se hubo desinfectado el pene, hizo notar su presencia, sonriendo bajo la plateada faz de la cobertura.

- ¿Descansando?

- Sí. Era necesario. La acción fue intensa. Me lo debía.

- Lástima que no pudimos recoger ninguna muestra. Hubiésemos podido exhibirla.

- No siempre todo sale bien.

La intercomunicación proseguía impersonalmente. Cada uno comenzó a ansiar el encuentro. La imaginación seguía jugando malas pasadas.

El regreso se llevó a cabo en silencio. Estaban agotados. Ella fue la primera en descender en el nivel superior. Fue absorbida por el ascensor que la llevó a su hueco, ocultando una luna brumosa, sanguinolenta.

No podía borrar de su mente a él, en el borde del arroyo. Los hombres eran la razón de su vida. Cloio era especial. Desde su nombre al sexo. Nadie lo igualaba. Con él se tornaban innecesarias las amplificaciones. Era único. Tendría que comprometerlo de algún modo. No podría tolerar un contacto falso. Pero, ¿cómo comprometer a un superior en un contacto directo prohibido? ¡Pequeño gran dilema! Sus grabaciones del último mes debían contener alguna pista. Las repasó a diario con placer. No pudo encontrar nada fuera de esa superlativa capacidad. Suspiró resignada. Esa noche no lo llamaría en directo. El antepenúltimo encuentro fue exquisito. Lo repetiría. No valía la pena correr riesgos. El reclamo del integráfono la sacó de sus cavilaciones.

- ¡Cloio, sos vos! – exclamó sorprendida después de repasar la señal de llamada en el visor.

- ¡Hola Nayia linda! ¿Estás cansada?

- Un poco. No te preocupés. Al escucharte, desaparece todo.

- Quería darte una noticia.

- ¿Cual? - interrogó inquieta.

- Tus análisis personales .

- ¿Qué pasa con ellos? – preguntó atemorizada.

- Nada. No vale la pena hablar de eso - musito arrepentido de haber iniciado esa línea de conversación. Aún no la había preparado. - Solo quería estar con vos.

- ¿Voy al reposorio?

- No es necesario - le respondió - Te repetiré.

- Haré lo mismo - exclamó ella sin dejarlo terminar, denunciando su propósito. El sonrió complacido. Cortó la comunicación.

CAPÍTULO VIII

EL VIEJO

Detrás de las placas, ellas y ellos hologramáticos, se movían desnudos, voluptuosos, para deleite de los pocos parroquianos que desenvolvían su aburrimiento, en mesas dispersas. No por estar entre los sin padrones, estaba a salvo. A veces era peor. Ponían más celo en su agresividad, como respuesta al repudio. Miró al techo.

Dio vuelta su cabeza y encaró al hobot que guardaba el orden y atendía el servicio.

- Quiero un vok doble fuerte – le ordenó con cierto desprecio. No toleraba a aquellos solícitos robots con forma humana. Silenciosamente el servo se alejó.

Con la copa entre las manos, miró a su alrededor, como paladeando la áspera bebida. Las mesas de las proximidades no se ocupaban. Nadie quería acercarse a un inspector, como lo denunciaba su botón personal. Sonrió. Había tenido la precaución de desconectarle la fuente de energía para que los del centro no tuviesen su ubicación. Si los que lo rodeaban lo supieran, se lo comerían crudo.

Su vista resbaló con poco interés por el cuerpo exuberante en uno de los exhibidores. Cuidaba los detalles. Supuestamente, contaba con mujeres de otra categoría y aquella promocionada, si bien inferior, costaba un platal en el contacto directo.

Señaló el botón e hizo un gesto interrogador con el ceño. La rápida respuesta favorable, lo hizo suspirar. Su tranquila visita, era el mejor pago al recinto. No le cobraron. Se paró antes que comenzara el éxodo de parroquianos por su presencia. Hubiese llamado demasiado la atención.

Se hizo conducir al apartamento.

Una idea comenzó a abrirse camino en su mente.

Sin borrarla, se sumergió en la tevirtual. No podía permitirse perder la calma por un capricho y mucho menos dejar de utilizar esa vía, permitiendo así que se dieran cuenta que “el inspector” no utilizaba sus servicios. Investigarían.

Emergió satisfecho del ingestor. Con decisión abordó el integráfono. Pulsó los controles y encaminó el contacto a Civilidad.

- La gente es - manifestó impersonalmente el hobot guardia de turno

- Todo lo importante - respondió ritualmente.

- Identificación.

Pulsó el contacto IDF y el código de la máquina utilizada fue transferido. No se confiaban en los hombres.

- ¿Qué desea señor? - interrogó esta vez solícito el empleado.

- Verificar los registros de la última cacería.

- ¡Oh!, fue gloriosa. Hubo sesenta y una capturas de viejos.

- Lo sé. Una fue transmitida por esta consola. No me demore con discursos.

Estoy trabajando.

- Sí señor. ¡Enseguida señor!

El homúnculo comenzó a digitar instrucciones hasta tener lo solicitado. La lista le fue transferida.

-Gracias - expresó cortando de inmediato. Sonrió para sí. Allí estaba él. Encabezaba la nómina. Sonrió para sí, al leer su propia necrológica.

No lo esperaba. Le había brindado estrictamente lo requerido, sin agregar los reemplazos. Tuvo que conectarse de nuevo.

- ¿Sí señor?

- A la lista de recién le faltan los reemplazos.

- No los requirió, señor - manifestó respetuosamente el ciber.
- Tememos un fraude. Démela.
- De inmediato - expreso, mientras comenzaba a realizar lo necesario para ello..

Obtenida, le fue transferida sin otra pregunta. Nadie pide explicaciones a un investigador, sin terminar dándolas. Eran implacables, feroces.

Allí estaba su compañero sin asignar todavía. Al costado de su número, se había consignado una nota: “Nayia - Presintendente - reservar”

Arrojó con desencanto la lista. La juguetona aventura planeada, viró al rojo vivo de pronto.

- ¿Presintendente? - murmuró preocupado - ¿sabrán algo?

Presuroso cargó valores en los bolsillos y abandonó el hueco. La oficina de informaciones próxima lo cobijó. Desde allí estableció una discreta vigilancia. La cordura le dictaba la necesidad de alejarse más. Pero estaba tan cómodo. Nunca antes de la huida, había logrado ese estatus. Trataría de conservarlo mientras pudiese. Hasta podría resultar emocionante, como participar en la cacería de su propia persona. Dio energía al botón y esperó.

Su amigo no había pasado de la etapa ovulotozoidal. Estaría allí suspendido flácido en las cubas matriciales hasta nueva orden. ¡Y qué orden! La de la máxima autoridad conocida.

La alarma aparentemente resultó falsa. Nadie sospechoso se movía por los alrededores. Volvió alerta sobre sus pasos.

Repasó la secuencia numérica del prefecto y la transfirió al Centro Biogramático. Obtuvo fácilmente la información. El germinal acababa de ser asignado a la cuba NDBM 2547s853m462. Se estaba activando. Así le informó una empleada, agregando:

- Están originándose en este instante las comunicaciones.

- ¿Las comunicaciones?

- Sí. A la ciudadana privilegiada. Es un regalo presintendencial. Qué feliz debe estar esa mujer.

- ¡Cierto! - contestó sonriendo. La chica que le contaba esto era bonita.

- Borre esta requisitoria. Es una verificación de rutina. No debe registrarse por razones de seguridad de la investigación. Volveré en el otro turno.

- Sí señor. Así se hará.

Apagó el contacto y suspiró. Comenzaba el juego. Debía ahora ubicar a la tal Nayia.

La tevirtual lo abrazó cálidamente, integrándolo a al juego vespertino. Se dejó llevar. Todo empezaba a encarrilarse.

CAPÍTULO IX

OTRA VEZ HOMBRE

Se sentó y miró a su alrededor. Sonrió. Todo estaba igual que cuando se sumergió en el gélido sueño. ¿Habrían llegado?

Vio al desconocido parado reverentemente a unos pasos de la yacija.
Dio media vuelta, sacó las piernas y se sentó.

- ¿Como te llamás? No te conozco.

- Uno.

- ¿Uno?

- Sí.

- ¿Qué hacés? ¿Arribamos?

- Lo de siempre, señor. ¿A dónde?

- ¿Cuánto tiempo viajamos?

- ¿Viajamos? No entiendo la pregunta. Cuido los controles. Lo importante es la navegación. ¿Quiere que interroge al Instructorio para responderle adecuadamente?

- Está bien. No te preocupés - manifestó rápidamente el hombre ya despierto, consciente de las limitaciones del servidos cuasi humano.

Caminó vacilante unos pasos. Casi cayó. Tuvo que sostenerlo el homínido clonal. Evitó que se diera contra un mamparo.

La situación le resultó clara. Habían pasado varias generaciones de cuasi tripulantes durante su hibernación. Tantas, que las obligaciones rutinarias se convirtieron en ritos. Conocimientos elementales, fueron dejados en el olvido. Fuera de lo estrictamente necesario para el funcionamiento de los sistemas primarios, lo otro, por inacción, fueron relegados al olvido.

Sonrió contemporizador. No tenían la culpa. Llegaron a desconocer lo básico de la razón de su esfuerzo. Uno y Una entraron a formar parte de un capricho sarcástico. ¡La mayor empresa inteligente!

Revisó otra vez el instrumental. Todo funcionaba. Los servicios eran normales. Por eso no tenía que preocuparse.

Estaba cansado. Dos horas de reanimación acabaron con su capacidad acumulada. El buen criterio le indicó la urgencia de un descanso. Varias horas en una cama, no una cápsula. Eligió el camarote del capitán.

-No me despierten - les dijo

Ellos se limitaron a mirarlo. No encontraban palabras. Cientos de giros les habían hecho perder la capacidad de comunicación con terceros. Inclinaron la cabeza asintiendo.

Despertó rehecho. La curiosidad lo empujó a abandonar rápidamente el camastro.

Sus pasos se hicieron sentir retumbantes. Inmediatamente acudieron ambos.

- ¿Uno y Una?

-Sí.

- ¿Quién les puso tales nombres?

Se miraron perplejos. No estaban acostumbrados a un tercer protagonista. Mucho menos a un interrogatorio sobre cuestiones ajenas al servicio y tan obvias. Se encogieron de hombros.

- Está bien. Era simple curiosidad. ¿Donde guardaron las memorias?

- ¿Memorias?

- Sí. El diario de bitácora.

-No sabemos qué es! - afirmó él asumiendo la responsabilidad.

- ¿Dónde anotan lo que ocurre?

- Ah! ¿Se refiere al registro?

- Sí, eso.

- Por aquí. Venga.

Caminaron hacia el puesto de mando.

Todo estaba ordenado. Como el primer día. Lo sorprendía eso.

- Aquí está la llave de puesta en marcha del registro – le dijo al hombre alcanzándole una tarjeta especial.

La tomó y la insertó en el panel. Se activó una pantalla. La grabación de los comentarios casi infantiles, eran acompañados de la imagen poco clara de la gigantesca galaxia distante.

-Allí esta el polo - escuchó a sus espaldas. - La galax - agregó Uno.

- ¡Es la galax polar, hombre! – remarcó Una, ruborizándose.

El asombro de él los sorprendió. No dijeron nada. El hombre siguió escuchando las notas brindadas por el sintetizador. La historia era simple. No había pasado nada. Solo un distante quásar enrojecido, perdido en los confines del espacio. Nada más, aparentemente. Las imágenes mostraban solo eso.

Se tranquilizó. Allá estaba el Qso. Su núcleo marcaba justo una terminal del eje de giro del universo. El había descubierto el fenómeno. El universo no solo se expandía. Giraba. Como una inmensa rueda de molino inflable. No solo eso. Habían alcanzado el límite propio.

Recordó las discusiones violentas con sus colegas por el efecto Morgan. Esa sutil banda interferencial que se ubicaba en un lugar del espectro continuo, conforme los objetos distantes se movían tangencialmente. Su ubicación era el parámetro de referencia para detectar el movimiento transversal. La estructura indicaba la velocidad del movimiento tangente.

Pudieron por fin armar adecuadamente la situación en tres dimensiones.

Se sintió satisfecho. Había cumplido con la existencia.

Abandonó la vieja carabela terrestre, para partir detrás de una quimera. El límite. Suspiró. El trabajo recién comenzaba. Al menos para él. Al ser despertado, la posta pasó a sus manos. No eludiría la responsabilidad.

La Tierra quedó atrás...y adentro. Comenzó a pensar en ella con nostalgia.

Desestimó la distracción. No podía ahora perder tiempo en sueños. La información necesaria para el cuadro de situación era escasa. Debía reunirla.

Buscó una tarea para Uno y Una. No los soportaba a sus espaldas.

CAPÍTULO X

EL JUEGO

Temprano la trajo. Estaba dormida. La cama de ella se integró a la propia. La estuvo mirando hasta que se movió nerviosa. Entonces activó el resto de las funciones.

Nayia se sorprendió al verlo a su lado. No lo esperaba. Miró el panel de luz.

No. No era la grabación que había quedado encendida.

- ¡Hola!. ¡Qué lindo! No te esperaba, Cloio.

- Quería darte una sorpresa.

- Me la diste. Estás aquí.

- No. No es eso.

- ¿Qué entonces? Expreso extrañada.

- Quiero que nos enchufemos Nayia.

- ¿Siempre?

- Sí.

- Soy una mujer difícil.

- Peor yo.

- No lo creo. No me conocés bien.

- Eso, ¿qué importa?

- ¿Probamos, te parece?

- Creo que sí. Con un hijo que lleve nuestro código.

- ¿Te atreves a mezclar mi código con el tuyo, vos, un elegido? ¡Sos un loco!

- ¿Por qué no? Alguna vez habría de hacerlo con alguien. Vos sos especial.

- No tanto Cloio. Apenas una mujer más.

- Una gran chica.

- ¡Ja! Si fuera cierto lo que decís. No. No me ilusionés. Mis patrios estaban al borde de la cancelación cuando me consiguieron. Ya casi no me acuerdo de ellos. Apenas de matria que era buena, silenciosa. Correteaba de aquí para allá. Y, ¿sabés?, no le importaba la gente. Hablaba siempre de personas No quiero ilusionarme.

- Enviá tu clave al Biog. Está allí mi sorpresa. Comunícate.

Pulsó el control. La corporización de él quedó congelada a su lado. Apareció el sonriente rostro de la operadora.

- Buen aire.

- Buen aire y todo lo importante.

- Sí. La gente.

- Soy Nayia

- Lo sé. Verifiqué su código. Hay una obligación para usted.

Se tomó del apoyabrazos temblando. Palideció. ¿El Centro se ocupaba de ella?

No lo podía creer. Empezó a sonreír. Los ojos se le humedecieron.

- ¿Qué..., qué pasa?

- Se le ha asignado un hijo. Felicitaciones.

- ¿Puedo verlo?

- Espere un minuto. Lo están activando.

- ¿Como se llama?

- El código se le dará con el primer contacto. Quedará entonces adscripta.

¡Qué lindo!, ¿verdad?

No escuchó más. Comenzó a corretear por la casa. Cuando se percató que era observada por la sonriente operadora, le sacó la lengua riendo y canceló el contacto. Lo trajo a Cloio de vuelta y lo abrazó intensamente. Fueron muy felices, como nunca lo habían logrado antes con nadie.

- ¡Cloio, Cloio querido! - repetía al borde del agotamiento.

- ¡Nayia, matria mía! - le respondió él complacido - Mi pequeña y caprichosa matricia!

Objetivaron la cuba matricial y le acercaron su bebé. Besó con cariño la tibia superficie transparente. En su seno estaba él. El que sería. Quedó dormida después de mucho tiempo de contemplar el pequeño escorzo palpitante. Su vida había cambiado. Lo imposible ocurrió. Ella matría. El sueño la llevó a corretear detrás de un chico por la estancia. Un chico verdadero. No un sustituto neutro, una mascota cuasi humana, como la mayoría.

Meria, implacable, quebró el hechizo.

- Despertate Nayia.

Se estiró. Abrió los ojos.

-- Viste Meria, voy a ser matría. ¡Voy a serlo! ¡Qué lindo!

- Sí muchacha. ¡También celebré la comunicación!

- ¡Andá alma de seliuro! – le respondió gozosa - ¡Sos única, Meria querida!

Lo vamos a cuidar. Cómo nos divertiremos. ¿Te imaginás?, pasará a formar parte de la otra gente. Nayia matricia. ¡Já! ¡¿ Quién me enchufa ahora?!

- Eso no te libera de las obligaciones diarias. ¡A comenzar!

- Sí Meria, de acuerdo. Pero no me apures. ¡Por favor! Hoy no. Me siento tan feliz.

- A los ejercicios. Nada de remoloneos. Apurate.

- Ya voy.

- Hoy tenemos que asistir a la reunión del grupo de mujeres libres.

- Ya no es necesario. Meria. Voy a ser matría. Podré hacer lo que quiera.

- Siempre haz podido hacer lo deseado. No lo olvides.

- Sí Meria, lo sé. No te pongás sentenciosa. Quiero relajarme. ¡Huy, cuando comente al grupo que voy a ser matría!

- Por eso. Apurate.

- ¿Son muchas las matrias?

- Es un privilegio serlo. Ocupan el lugar de ellos, los cancelados. Por cada uno, viene un chico. Llenan el vacío. Es fea una ciudad hueca. Lo importante es la gente.

- ¡Cierto, los jóvenes! - Palideció. - No concibo un viejo a mi lado. De solo pensarlo...- No pudo terminar la frase. Le vinieron arcadas. Corrió al baño para deshacerse de esa sensación asqueante que no podía controlar.

CAPÍTULO XI

DECISIONES

Cloio retornó al sillón solemne. Había sido convocado por el presintendente. La canción de la gente se dejaba escuchar gratificante. “Lo importante es ella”..., pensó. Sonrió con sarcasmo. La decisión de incorporar un hijo lo había

desquiciado. Estaba arrepentido del impulso. Era tarde. No podía echarse atrás. Estaban demasiadas personas comprometidas. “¿Personas?”, pensó. Le sonaba extraño el término. Traía recuerdos de sus conversaciones prohibidas con el viejo. ¿Quién no había tenido conversaciones prohibidas alguna vez? Era estimulante violar las reglas. Su patrio entonces, se agarraba la cabeza. Su patria lloraba. Todo terminó con su ingreso al Gimnasio para aprender ciencias gentiles. Pasó el tiempo desde entonces, ellos desaparecieron. “¿Quién era en realidad” se había preguntado una y otra vez... El hilo del pensamiento fue roto despiadadamente por la conexión.

- Buen aire Cloio.

- Buenos para usted, señor. ¡Con lo importante!

-Sí muchacho, con la gente. – Un rictus particular se formó en las comisuras del poderoso personaje.

- ¿Revisaste los sistemas propios al entrar? ¿No hay filtraciones, verdad?

- Los revisé señor, como siempre antes de acercarme a usted. Ningún poro. Puedo asegurarlo.

- Bien. Comencemos. Tengo una apretada agenda hoy.

- Como usted disponga.

- Quiero que te ocupes personalmente de un problema. He revisado tus antecedentes. Sos el indicado. Tenés experiencia en grupos rebeldes y espero que tu memoria haya salvado lo necesario para la ocasión – expresó el presintendente, mientras se replanteaba si fue correcto su criterio al evaluar la capacidad de Cloio para actuar en la verdadera misión que le tenía reservada.

- ¿De qué se trata, señor?

- De ir al cuarto nivel y evaluar discretamente la situación imperante. Se han creado picos de tensión inexplicables. Toda la labor es normal. La gente se encuentra ocupada con la gente, como debe ser, ¡por supuesto!

- ¿Yo? ¿Y al cuarto? Carezco de capacidad para ello.

- Lo lamento. Tengo que apelar a vos, no me queda otra. Por accidente, llegó a mis manos un informe contradictorio sobre los sucesos del mes pasado. Era el relato de un patrullero que se acopló a la línea de despachos. Cabalgó con la tanda y apareció en mi oficina.

- Pero señor...Tiene funcionarios adecuados. La patrulla social puede hacerlo mejor.

- No Cloio. Nadie puede ver por mí, fuera de vos. Temo lo peor. Por alguna de esas extrañas intervenciones del destino, por diversión o por malicia, están generando situaciones inexplicables de tensión y, por supuesto, injustificables. ¡Para colmo en el nivel propio de un substrato inferior.

- Señor. Hay muchos respoinputables más capaces que yo para la tarea y limpios. Yo estuve guardado un tiempo para reacomodación, señor.

- Es cierto. Capaces también de cualquier cosa. Y sin criterio para juzgar. Además, solo estuviste retenido allí. Te aparté de la rutina para evitarte problemas después de tu insólita experiencia, a la que pocos humanos han accedido, excepto yo y quienes me antecedieron. Un reducido grupo, por cierto.

- Quiero que vengas y charlemos personalmente.

- Estoy.

- No, así no. Personalmente dije. Cara a cara.

La sorpresa casi lo desmayó.

- ¡Nadie se entrevista personalmente con usted! Se cancela al que pretenda

hacerlo.

- Es cierto. Pero esta vez lo dispongo yo y se hará así, por razones de seguridad.

Los códigos lo permiten. Quedate tranquilo.

- Señor, estoy en sus manos.

- Entonces, enviare a buscarte ni bien pueda cortar un par de hilos. La trama de obligaciones es cerrada.

- Como Usted disponga.

- Gracias muchacho. No te arrepentirás. El contacto se cortó, dejándolo al borde un abismo. La piel se le había puesto de gallina. ¡Imposible! ¡Era imposible!

Nayia se personalizó a su lado y la canceló mecánicamente.

Volvió a hacerlo y repitió la anulación sin importarle las consecuencias. Sintió que se borraba del mundo. Que era anulado caprichosamente, por fuerzas impredecibles y oscuras. El presintendente. El cuarto nivel ¡Cosa de locos lo que ocurría.

- ¡Mierda! - exclamó incontrolable. La memoria no había borrado sus exóticas experiencias. Sabía que iría. Trataría de cumplir. Lo reconfortó una débil esperanza de que la autoridad cambiara de planes.

Conectó el escenificador. El viento del desierto hirió sus poros. Nayia, violenta, se personalizó a su lado.

- Dijiste que te enchufabas conmigo, cretino.

- Sí Nayia querida, yo...

- Y me apagaste como si fuera un ciber.

- Perdoname. Estaba con el presintendente.

- Mentiroso, ¡encima fabulas! No habia nadie. Estabas solo volando.

- Escuchame. Tuve que aislarme por imperativo suyo. Me exigió esa condición de aislamiento total para el contacto. Nadie debe saberlo. Pospongamos lo nuestro un tiempo. Poco tiempo.

- ¿Estás loco? ¿Acaso te arrepentiste? Los registros del compromiso caerán sobre vos y te aniquilarán. Pero no me sacarás nuestro hijo. Será mío solo. Ya verás.

- No Nayia. Esperá. Escuchame. Yo...

No le dió tiempo a nada. Se apagó súbitamente. Quedó solo el incansable viento del desierto envolviéndolo.

- ¡Mujeres! - exclamó dolido por su incomprensión y falta de confianza

El destino, ese abacista implacable, había arrojado caprichosamente sus malos dados otra vez.

Se sintió vacía. Nunca nadie la había humillado tanto. Prometerle formalmente un enchufe permanente y despreciarla así, a ella, que nunca lo molestó más allá del placer necesario. De la compañía prudente y silenciosa en las reuniones gentiles y de los grupos de reafirmación. Era imperdonable. Lloraba

- Pequeña - dijo Meria con voz susurrante. No llores. Ya cursé la comunicación. Ha violado su promesa y será castigado por ello. No te preocupés. Será adecuadamente reemplazado.

Alcanzó a escuchar esto último y se levantó furiosa.

- ¡No! - grito iracunda. ¡Nadie puede reemplazarlo!

- Ha violado la ley - respondió con impersonal recato.

- ¡Callate vieja puta! - gritó fuera de sí, sometida por una crisis de nervios.
- ¿Otra vez, Nayia? – expresó la máquina antes de enmudecer. Los registros de la escena, fueron rápidamente cursados al centro biogramático. Le hicieron emitir una invisible nube de tranquilizante. Ella se fue calmando de a poco. El sueño trajo paz al recinto. Comenzó a llenarse con una suave melodía gentilicia. El circulador movía apenas las cortinas. Lo que nadie supo, fue el destino peculiar dado a los registros enviados por el ciber al centro de control.

CAPÍTULO XII

CUARTO NIVEL

Lo tomó por el cuello fuera de sí.
- Callate mocoso imberbe. ¿Qué podés saber vos de la gente, fuera de lo que te meten en la cabeza de prepo?
El chico tenía los ojos desorbitados. Había enfurecido al hombre. Empezaba a perder contacto con el suelo, tomado del cuello.
Aflojó la presión y el muchacho cayó.
- Perdone señor. No estaba en mi ánimo ofenderlo. Fue un error llamarlo viejo.

- Está bien. Perdí la calma. Estaba pensando en un muchacho. Otro. Parecido a vos. Saliendo de la cuba. Salvándome la vida.

Los ojos se humedecieron. La extrañada figura del joven se volvió algo borrosa. Pasó los puños sobre los ojos y se recompuso. No debía por ninguna causa perder los estribos.

- No tenés la culpa. Sos uno más. Un pobre desgraciado.

- ¡Señor! ¿Quiere humillarme? – exclamó el muchacho sorprendido.

- No. Solo advertirte.

- ¿De qué?

- De eso. De nada. Andate, antes que me arrepienta.

El chico se alejó precipitadamente. Corriendo. Al fondo del conducto llevó por delante una patrulla. Alcanzó a ver cuando lo subían al vehículo. El viejo también abandonó con rapidez el lugar, perdiéndose en la maraña de callejuelas del cuarto nivel. Buscó al final de un pasillo, el ascensor que lo llevó al plano superior, el de los inspectores, cuya identidad reasumió. Comenzaba a cansarlo el juego.

Emergió tranquilizado de la tevirtual. Su propuesta de destrucción de un monumento de la época anterior fue aceptada por muchos. Participaron de la intensa acción con un entusiasmo y una violencia inusual. El aplauso coronó la trama. El gerente de turno se personificó y le dio la mano, depositando valores de crédito en su mesa, por la brillante idea. Lo convocó a una nueva reunión y se borró.

La estrategia daba resultados. Introduciría poco a poco la necesidad de violencia. Eso era simple. Después trataría canalizarla. Sonrió satisfecho. Nunca había fallado esa acción, lo sabía. Era uno de los pocos sobrevivientes de la vieja historia, no la que divulgaban edulcorada, conforme las necesidades e intenciones del poder.

El líquido ambarino refrescó la garganta. Era temprano para dormir. Además, no sentía la necesidad de hacerlo. Todavía le cosquilleaba la suerte del chiquito que permitió traer.

Pulsó el código. ¡Allí estaba! Suspendido palpitante en la cuba matricial, crecía visiblemente. Era su triunfo. Una mujer besaba la pared vidriosa del recipiente. La observó. Debía ser la matría. Una hermosa mujer. La deseó en su cama. Desechó la idea. Seguro debía tener su enchufe, sino no estará allí. Y debía ser alguien de peso, de otro modo tampoco estaría como matricia. Suspiró desorientado. Toda la confusa información adquirida subrepticamente a lo largo de los años, rebullía en la mente. Era demasiado peso. Amenzaba con hacerle perder el equilibrio. Algo pasaba en su mente.

Volvió a mirar el feto. Le caía simpática esa figura germinal. Los ductos de plástico resultaban incongruentes. La mujer, absorta, acariciaba patéticamente la pared neutra. Sintió pena por ella. Recordaba como habían sacrificado a su matría, a quien tanto quiso. Entonces eran más crueles. Más directos. La técnica se había perfeccionado.

Mediante la tarjeta de inspector, reclamó el código de ella. Casi al instante lo tuvo. Era del primer nivel y se llamaba Nayia. No podía ser para menos. La pensó aburridamente. Rechazó el primer impulso de engancharse nuevamente a la tevirtual. Prefirió el sueño. Se indujo.

La patrulla, acompañada por el niño, buscó infructuosamente en los

alrededores, al protagonista de los hechos relatados con veracidad, conforme lo determinó el verificador que conectaran al joven. Nada. Lo miraron con lástima. Sin atender sus reclamos lo embarcaron para llevarlo a la Delegación. Las alteraciones debían desaparecer.

El niño pateó cuando lo sujetaron nuevamente. Los análisis no mostraron rastros de neurosis graves. Las tensiones normales para la edad.

Condicionado, salió del local varias horas después, silbando una canción infantil de moda. Había olvidado totalmente el acontecimiento del que fuera protagonista. No había existido.

CAPÍTULO XIII

LA REALIDAD

No lo podía creer. La nave no estaba mutilada. Había perdido solamente cosas menores en un amplio sector anterior de la popa. Desaparecieron algunas partes reemplazables de los impulsores fotónicos. Inexplicable. La inspección denotó sin lugar a dudas, impactos sucesivos que las defensas no alcanzaron a conjurar. Sin embargo, era inexplicable. Tenía toda la capacidad para evitar cualquier rumbo de colisión, gracias a sus posibilidades de maniobra. Contaba con todos los mecanismos de detección necesarios. Funcionaban aún perfectamente, pese al tiempo transcurrido. No menos de trescientos años de tiempo propio de navegación.

-¡Pchss...! – no pudo dejar de exclamar. Su capacidad intelectual se hallaba

colmada. Esa cantidad significaba que no podían ser menos de dos milenios en el tiempo de la Tierra.

Siguió con la labor de verificación. Aquí y allá, cortes limpios, sin desgarrones, exhibían su incongruencia patética de los paleo impactos obturados con metacrilos. Solo un bólide hiperespacial aniquilado a tiempo, pudo burlar los sensores y evitar salvar indemnes el encuentro. No cabían dudas. Habían sufrido una de tales apariciones súbitas, como en el comienzo de la aventura. Siguió orbitando la nave, regodeándose con la majestuosidad de sus líneas y su porte. Con la referencia de las galaxias, pudo determinar que viajaban sin aceleración. Eso trajo tranquilidad. Ningún cuerpo negro los atraía. La aceleración había desaparecido con el apagado de los impulsores.

El resto de la nave estaba intacto. Sus funciones se alimentaban con los generadores iónicos laterales. Los sistemas íntegros, resultaban superlativos para la restringida necesidad de ellos. La tripulación no hibernada, había perecido naturalmente y fueron recuperados sus componentes para su reutilización en los humanoides. Los otros, perdidos en el impacto. Constituían una serie de puntos suspensivos insignificantes que en algún lugar indeterminado del espacio, marcaban la dirección de la trayectoria. El grupo de comando quedó constituido con las sucesivas oleadas de homínidos que hubo que generar para disminuir los consumos, los problemas diversos del servicio y asegurar la pervivencia espacial. Algunas de las mujeres embarazadas se hallaban suspendidas en las cápsulas de hibernación, con sus embriones también congelados.

- ¡Pobre los otros! - exclamó. Los imaginó como fósforos arrojados al viento, dispersándose allá lejos, detrás.

Más de un centenar de hibernados seguían latentes en el pañol superior. Nadie más, fuera de los unos.

Siguió girando alrededor de la nave. Sintió ganas de llorar. Comprendió que con su activación, ya estaba condenado a perecer en un lapso previsible. El orgullo inicial por la gran nave de ellos, también naufragaba con esa certeza.

Abrió grandes los ojos.

- ¿Más de tres siglos? – musitó de nuevo. ¡Increíble! ¿Más de dos milenios en la Tierra?

Retornó de inmediato. No por fatiga, sino por depresión. Se imponía el balance interior. Evidentemente, naufragaba en ese extraño substrato divino, por encima de las distancias y los tiempos.

- Uno - dijo condescendiente. La soledad total había impuesto una particular impronta a la relación con esos cuasi humanos.

- ¿Sí, humano?

- Repasemos la situación.

- Como usted disponga.

Así fueron, juntos, caminando y revisando cada uno de los sistemas y estructura de la nave.

Resultaba increíble. Ni aún bajo programa se hubiese podido conseguir salvar en una emergencia, la totalidad de los sistemas necesarios para la supervivencia. Todo funcionaba. Colocó música. Fue recibida como un don de los dioses. Uno y Una quedaban extasiados. Seres del silencio, no habían escuchado nunca ningún sonido fuera de su propia voz, o los chistidos y reverberaciones de los sistemas que cerraban o abrían circuitos. El ruido sordo de la colmena mecánica, quedó de pronto ocultado por una cubierta melódica.

La Tierra se hallaba demasiado lejos. Imposibilitado de calcular con

precisión el tiempo transcurrido, efectuó estimaciones groseras. Se alarmó. No debía ser menor de trescientos años, como lo había previsto intuitivamente. Aunque tampoco esa cantidad cerraba en su mente.

La Tierra había quedado muy atrás. A la velocidad de desplazamiento, allá debían haber transcurrido mil años, como mínimo. Eso, porque no alcanzaron la velocidad prevista. El accidente debió ocurrir no mucho después de haber traspuesto la velocidad de la luz. El choque devolvió abruptamente el vehículo al espacio normal. Otra explicación no entraba en su mente. No había rastros del grupo local, ni de ninguno de los cúmulos familiares. Sin embargo se hallaban de este lado de la barrera. La marcha no superaba los cien mil kilómetros por hora. Algo no encajaba. Preocupado, se apoltronó especulando sobre el equívoco.

Sonrió. Estaban vivos. Afuera había indicios de una realidad común. Toda otra referencia se había borrado. Excepto esos espectrogramas a los que se aferraba con tenacidad, para no perder la cordura. La galaxia polar y la otra, pasaron a ser la razón de su existencia, junto con la enrojecida hermana menor visitante.

- ¿Quásar u otro universo? - se preguntó en voz alta, para romper el silencio. Ellos y su voz eran la única compañía. También en ella había algo extraño. El corrimiento al rojo era excesivo. Las líneas del hidrógeno, fuertemente desplazadas, se iban más allá del visible. Revisó otra vez el instrumental.

No podía ser que hasta él llegara información del hiperespacio. ¿Otro eje del mundo? ¿Acaso estaba viendo un cúmulo ternario de universos?

Optó por alejarse de la consola. Una sola cabeza no podía con tanto. Regresó al recinto central. Empezó a trotar con firmeza. Traspiraba. La tranquilidad vino con el ejercicio. Se sentó jadeando. Uno le acercó agua fresca. Miró la superficie del líquido. Empezó a hundirse en ella. Las tenues ondulaciones se transformaron en olas. Las nubes vinieron después. Con una Tierra violenta y un sol generoso. Suspiró. ¡Qué lejos estaba todo!

¿Qué sería de las luchas que se libraban cuando la partida? Los atentados sangrientos que mutilaban poblaciones enteras en nombre de la justicia o de la palabra divina, conforme el bando, resonaban en su espíritu como una culpa. Llegó a decirse entre ellos, que la nave era la tabla de salvación de la humanidad. Recordó con pesar que en la tripulación no figuraba nadie menor de treinta y cinco años. Suspiró apenado por el prejuicio. ¡Ser joven constituía un pecado mortal!

Algo había que hacer. Por empezar tomar una decisión. Una sola. La única posible. Desandar el camino. Tratar de volver. De colocar esa cápsula en su ámbito natural, no allí, más allá del borde, entre dos o tres universos. Aquellos humanoides le ayudarían. La maniobra era sencilla, la singladura elemental. Operó algunos controles para determinar si los impulsores laterales se mantenían en condiciones. Bastaba uno solo para hacer girar la nave ciento ochenta grados. Después, poner de nuevo los impulsores fotónicos en marcha. Pero eso también, aunque próximo, era un después. Se imponía el orden en su agobiada cabeza.

CAPÍTULO XIV

RESABIOS

No fue fácil convencerla de que el presintendente era la causa del rechazo. No concebía ser desplazada por nadie. Se requirieron varias conexiones prolongadas, para que ella depusiera su actitud. Aún así, detrás de la mirada, el reproche subyacía.

El pequeño estaba maduro. Cada vez pasaba más tiempo al lado de la cuba. Se colocaba de modo que sus ojos saltones se dirigieran a ella.

Rió por lo bajo. Algún día ese apéndice mucoso extasiaría a alguien. Su hijo sería hermoso. Fuerte y hermoso como su patrio. No cesaron de revisar la secuencia genética desde que les fuera asignado. Los ingenieros estaban hartos de las correcciones inducidas. Ningún rasgo ni aptitud la satisfacía a pleno. Tantas

eran las variantes introducidas al prototipo ideal, que llegaron a desearle un monstruo con todas las lacras. Pero era del entorno del presintendente. Así que, contra toda razón, atendían los caprichos. Qué mejor tono de pelo. Que mayor estatura. Que la relación pineal. Que el coeficiente intelectual. Que la capacidad motora. Llevaron la paciencia al límite. Ni cuando la matría del anterior jefe de estado, trabajaron tanto.

La bronca residual aumentó el tesón de ella, en procura de la perfección de su hijo.

La tormenta cesó con la maduración del feto.

Antes de la entrega, agregaron a Meria un apéndice para alimentación del bebé y los adecuados registros de sus olores personales. El chico debía crecer en un ambiente natural. La impersonalidad de laboratorio era para los niveles inferiores. ¡Ese niño crecería con el olor de su matría!

Cuando ingresó al recinto, el bebé estaba en brazos de Meria. Conectó a Cloio que, presuroso, abandonó la reunión.

Juntos lo miraron embelesados. ¡Ya estaba en casa!

Apenas lo envolvía una tenue película que lo aislaba del medio hasta completar su adaptación.

Ella se enchufó y le dio de comer por intermedio de la matría. Meria no cabía en sí, de su protagonismo.

-- Es realmente hermoso, Cloio. Como vos.

- ¡Un colorodado grandote! Como la matría

Se ruborizó complacida.

- Gracias, Nayia. Me haz hecho feliz. Es un nene espléndido.

- Feliz soy yo, ¡por tu culpa, maldito! - expresó. Sus dientes devolvían alegres reflejos de dicha.

El presintendente interrumpió la escena familiar, corporizándose para felicitarlos. El también rodeo la figura con sus blancas manos y tomó las de ellos levemente un instante. Apresuró apartarlas. No era correcto hacerlo.

Después de las cortesías, se ausentó. No sin antes hacerle saber a él que la reunión personal se realizaría al día siguiente por la mañana.

- Sí señor. Estaré allí - afirmó él.

- Que tengan buenos aires. Ya poseen un hermoso hijo.

- De igual manera - respondieron complacidos.

- ¡Qué viva la gente!

- ¡Por siempre! - agregaron al vacío. Él ya había desaparecido.

Casi no durmieron. Lo conectaron continuamente y jugaron con él en el lecho.

Meria hubo de disponer sedantes para lograr que esos humanos descansaran. ¡Tanta era su excitación!

Era temprano aún. Encendió el escenificador. Un cañón con un gigantesco sol naciente, se abrió a sus pies. Estaba preocupado. La misión no habría de ser fácil, del momento que lo comprometía a él. Temía no estar preparado para ella. En vano dio vueltas al asunto en su cabeza. Las pistas no lo llevaban a ningún sitio seguro. Suspiró resignado y se sentó a desayunar. El sol ya calentaba su frente. Allá abajo, corría veloz, un río inquieto, como su conciencia, que rebullía.

Dejó una grabación de él con las explicaciones del caso y se dispuso

cumplir con el compromiso.

Nayia jugó toda la mañana con el pequeño, hasta que tuvo que conectarse con Meria para darle de comer. Sintió su olor duplicado. El bebé sonreía gozoso. Eructó complacido y se durmió de inmediato.

Lo buscó a él para contarle la experiencia.

Molesta aguantó la grabación. Había olvidado la reunión de él. La interrumpió antes que terminara el parlamento.

Quedó con los brazos cruzados, mirando la fría superficie de la unidad de enlaces.

Algo se rompió dentro de ella.

Meria seguía arrullando al pequeño con la voz de la matría que, indiferente, se dejaba llevar por esa súbita, incomprensible pena que la embargaba.

CAPÍTULO XV

LA MISION

Ya no era la sorpresa por la reunión directa con el presintendente. Peor aún que sorpresa. Verlo era entrar en pánico. Allí estaba ¡Personalmente!

- Buen aire, señor.

-Buenos Cloio y buena suerte.

Lo miró desconcertado. Se había apartado del protocolo. No se pronunciaron las invocaciones gentiles como correspondía.

-No te preocupes. Estamos solos - agregó al comprender la causa del gesto de sorpresa.

- Perdóneme, me siento más desconcertado que ovultozoides fuera de la cuba - expresó con sinceridad - Todo me resulta tan extraño. Me da miedo, señor.

- De aquí en más, ninguna formalidad entre nosotros. Quiero ser tu amigo y deseo que lo seas mío.

- Soy su servidor, señor.

- Nada de señor de ahora en más. Soy Lecio, a secas y sin ningún protocolo. Lo seguiré siendo para vos, aunque no aceptes o no puedas llevar adelante la misión que pienso encomendarte.

- No es necesario se...

- ¡Basta! Te necesito como sos.

Su voz se filtraba a través de la finísima película que dividía el ambiente. Un recinto amplio, solarizado. Con una imagen desde altura de la ciudad, casi sin la niebla que la ocultaba.

- Usted dirá.

- No te ocultaré nada. Comprenderás por razones obvias, que no podré imponerte de todo en un primer encuentro. Será necesario ir directo al grano. Aceptarás mi palabra al principio. Tendrás tiempo luego para verificar sus extremos y confirmar los asertos. No se te regateará ninguna información.

- Eso está descontado. Creo en usted.

- Bien por ahora. Cuidado. La credulidad a veces apaña sorpresas.

- No en su caso.

- Vamos a lo nuestro.

Lo invitó a trasladarse a la otra parte del recinto, donde se sentaron ambos en sendos sillones. Esta vez ya sin divisoria. Fue neutralizada la película protectora.

- Esta es una habitación deselectronizada. Nada de sorpresas. Aquí se han tratado los asuntos más importantes de la vida de la ciudad en el último milenio. Se han destapado y vuelto a cerrar los secretos cumbres. Ahora abriremos una caja con bastante mal olor. De Pandora, dirían los antiguos invocando a un asteroide. – Las raíces griegas se habían perdido en las brumas de una intrincada historia ya no tan reciente, que llenó de oscuridad la Tierra.- Continuó hablando: - No queda otra salida. Estuvimos rehuyendo hacerlo. Creo que la crisis no se soporta más.

- ¿Qué ocurre señor?

- La ciudad está enferma. Como consecuencia de la radiación intensa, la totalidad de los humanos somos estériles. Es menor al uno por diez millones, el porcentaje de hombres o mujeres, que llegan a madurar ovultozoides de manera natural, con alguna perspectiva y con mutantes. La mayoría son desechados en el primer análisis genético. ¡No sirven para nada!

- Qué importa eso. Nadie tiene hijos de su cuerpo. Los elige. Los programa. Los quiere como los ha apetecido.

- Tuvieron que hacerlo así. Cuando el inicio algunos previeron las consecuencias de la escalada bélica que llevó a la contaminación radiactiva. Los bancos de óvulos y esperma, fueron trasladados y puestos a buen recaudo. Buen Ayre fue un puerto al costado de las acciones bélicas y un lugar seguro. Sus subterráneos conservan bajo plomo ese precioso legado. Pero el mismo tiene un límite. La disponibilidad no es inagotable. Por eso y por la superpoblación, no solo se restringieron los nacimientos; sino que - y esto para vos solamente - se circunscribieron al primer nivel.

- ¿Pero..., y todos los otros que acontecen?

- Son clónicos. Meros clones neutros que obligaron a desarrollar técnicas de condicionamiento estrictas para la adecuada inserción social y – fundamentalmente - para evitar conflictos. La gente es un mito. Se mantiene por inercia. Llena la ciudad. Si no, ésta moriría.

- Señor, ¡es espantoso! ¿Y toda la gente?

- Es un discurso. La realidad es cruel. La sobrevivencia no puede hacer concesiones. Es nuestro deber salvar a la humanidad. Tenemos la obligación de preservar el mensaje. Si cumples con tu cometido, una suerte de prueba, serás habilitado para visitar Los Lugares, donde se conserva aún la realidad de nuestro pasado y de los errores cometidos. Entonces comenzarás a comprender la dimensión del problema. Lamentablemente no se puede estar en los mismos mucho tiempo, aún protegido. La radiación implacable, hace de las tuyas. Mata.

- Está condenada, por lo que me dice.

- No. Existen esperanzas. Varios grupos de nautas, se encontraban en misiones fuera de la Tierra cuando el umbral estalló. No se tuvieron más noticias de ellos. Sin embargo, tenemos esperanzas aún, ya que eran viajes con regreso.

- ¿Viajes a dónde?

- No he podido llegar tan lejos. Los registros originales se han perdido. Estamos armando un bosquejo de su existencia y objetivos, en función de datos muy dispersos. Pero no hablemos de eso ahora. Lo importante es esta realidad actual.

- Sí, pero...

- No te apurés. Tendrás todo el tiempo que quieras para investigar la cuestión a partir de ahora. Primero vamos a lo otro. Lo nuestro.

- Como usted diga. – Gotas de sudor perlaban su frente. Lo miró fijamente.

- Se ha generado una crisis con el agua. El agua pura, la no reciclada. La que consumimos los elegidos.

-¿Por quién? – Interrogó nervioso Cloio

- Por nosotros mismos, pienso – fue la contundente respuesta, para continuar:
- los volúmenes disminuyen sin que pueda justificarse su empleo. Está siendo derivada hacia algún lugar que no podemos determinar aún. Una labor de zapa de mucho tiempo, no ha logrado precisar su destino. Sospechamos que se deriva hacia afuera, donde constituye algo inapreciable como bien sabés.

- Pero, jeso es imposible! – exclamó Cloio

- No si se tiene el poder y los conocimientos suficientes – expresó el presintendente.

- Pero solo usted los posee.

- No lo creas Cloio. Existen muchos otros del primer nivel. Anónimos para los demás. Conocidos solo entre ellos. Son los que me eligieron, como han decidido que te convoque. Además, y he ahí lo importante. Tengo un hermano. Un gemelo. Por lo que sabemos, suponemos que él está detrás de toda esta campaña siniestra.

- ¿Usted un hermano?

- Mi patrio, también presintendente, fue regalado con gemelos cuando decidieron con matria conectarse. Todo un acontecimiento. Los primeros en doscientos años. Crecimos juntos. Nos adecuamos a la par. Nos separó la decisión de ocupar este cargo unipersonal. No aceptó ser desplazado, aún cuando le ofrecí desempeñarnos alternativamente y así lo hicimos varias veces. Nadie nos diferenciaba. Mejor dicho, nadie podía llegar a percibir nuestras íntimas diferencias. Fue así como cometí el error de introducirlo en los entretelones del máximo poder. Calló, aguardando la respuesta.

- No sé qué decir. Esto supera mi capacidad de asombro.

- Te comprendo Cloio. Disculpame por someterte a la prueba sin una preparación adecuada. No queda tiempo.

- ¿Para qué?

- Para reaccionar. Ha comenzado una campaña en contra de la organización. Quiere destruir la ciudad y destruirme con ella.

- Le será imposible a cualquiera.

-No. Nada es imposible a nadie, verdaderamente motivado. Es inteligente. No le hemos podido dar caza hasta ahora. Conoce el juego.

- Una persona sola nada puede.

- Una persona decidida, derrumba una fortaleza, un imperio.

- ¿Un qué? – interrogó desconcertado.

- Esta ciudad. Es capaz. Ha iniciado una acción sutil, utilizando la tevirtual. Los sistemas aseguran el anonimato, en aras de la supuesta libertad y privacidad declamada. Se desarrollaron cuando cada uno podía hacer lo que quisiera sin riesgo para el común. Total, nadie deseaba nada fuera de los patrones. Se había logrado un equilibrio perfecto. La ciudad funcionaba. Las aristas desaparecían rápidamente, ya en las cubas, gracias a la ingeniería social; ya por acción de las patrullas.

- Como ahora. Pero, ¿y entonces él?

- Él fue desde el vamos diferente. Como yo. Como vos lo sos y comprenderás a partir de este momento por qué te sustraje entonces del condicionamiento. Libre de restricciones no para actuar, sino para pensar por acercamiento a la información. Serás tu propio piloto.

- No me siento capaz.

- Sos capaz. Tenés que serlo. Te ayudaremos. Te acompañaré. Con mi apoyo llegarás lejos.

- ¿A dónde?

- Nadie lo sabe, pero lo harás. Confío en ello.

- Me abrumba.

- Te sobra capacidad e independencia de juicio. Entonces, necesito que vayas al cuarto nivel, evalúes la situación general adecuadamente y, si es necesario - cosa que creo- lo ubiques y lo mates, antes que nos haga más daño. Ya logró su primer éxito. Organizó la destrucción del monumento mayor al ciudadano. Menos mal que, alertados a tiempo, intervinimos los sistemas y reemplazamos la realidad con una animación. Pero el germen está allí. Planeando otra acción, quién sabe en qué lugar.

CAPÍTULO XVI

EL CIUDADANO

Quedó contemplando los inductores flácidos, después del contacto. Estaba satisfecho. Los resultados superaron con creces el plan original. Sonrió. Deben habersele erizado los pelos de la nuca, al saber de su éxito. La rebelión estaba en marcha.

Así, mediante la reiteración de acciones aparentemente inocentes, iría embarcando el clan menor en su lucha. Había llegado el día del aire libre. Todo un sarcasmo. Con resignación, se calzó el traje. Adecuadamente condicionado, abandonó el apartamento y se incorporó al torrente que caminaba al ritmo dictado por los visófonos públicos. La canción de la gente se dejaba escuchar. Fue uno más en el multitudinario anonimato.

Cuando se hubo alejado lo suficiente de su lugar de asiento, abordó el

ascensor. La tarjeta mágica lo cubrió una vez más. Esa formal coraza inspectoril, obraba como el mejor de los escudos, mientras pudiera seguir elaborando informes creíbles. Hasta la más tenaz patrulla cedía. ¿Quién se atrevía a un inspector gubernamental de primera?

Confirmó el directorio. Estaba frente al domicilio buscado. La residencia de su amiguito. Tuvo suerte. Gozaba de un poco más de espacio que el resto. Era aún prematuro el contacto. Se volvió silbando una vieja canción olvidada. De solo imaginarlo, le nacieron fuerzas nuevas, empujándolo por encima del cansancio acumulado en sus articulaciones. Superó el trance, aún cuando la esperanza del retorno de alguno de los nautas, se iba diluyendo con el correr del tiempo.

Sin darse cuenta, desembocó en el recinto mayor. El sagrado lugar de convocatoria para los grandes eventos, de los privilegiados humanos del primero y segundo nivel. La niebla luminosa, le servía de cúpula. Caminó indiferente mezclándose con quienes hacían lo propio, con un dejo de aburrimiento, al costado de un grupo que bailaba eufórico bajo sonos rítmicos. La melodía y la armonía, eran parientes pobres.

No había curiosidad en sus ojos. No había nada. Solo esa expresión enigmática de alambre de púas.

Una pena profunda lo embargó. Temía que el naufragio sobreviniera antes de tener oportunidad de actuar. El pulso volvió a acelerársele. Adelante, en la primera terraza, el cóptero descendía suavemente, como un jirón de bruma. Cerró el puño y levantó el brazo. Lo bajó rápidamente. Comprendió que la indiferencia aparente de sus vecinos, podía en algún caso ser fingida. Volvió sobre sus pasos. Debía ser cuidadoso

Esta vez descendió aún más en su prolongada caída. Convenientemente vestido para la ocasión, bajó al tercer nivel. Allí donde a nadie importaba nada.

Una mano suplicante le tiró del traje. Se dio vuelta y asestó una patada a la cabeza de la atrevida mujer. El grito de dolor fue ahogado por las risas de los circunstantes, meros despojos apoltronados en los huecos oscuros. Siguió con indiferencia. La piedad era algo que debía definitivamente perder si quería sobrevivir en ese nivel. Era necesario trasuntar odio. Hacer que desbordara. Para luego canalizarlo en favor de su empresa.

A su lado pasó presurosa una joven con un paquete en la mano. Se volvió y la hizo detener con voz perentoria.

- ¿Quién sos?

- ¿Y quien es usted? - repreguntó ella, esgrimiendo un afilado cuchillo.

Mostro su credencial. Ella comenzó a temblar.

- No soy yo. No he hecho nada. Déjeme marchar. - Expresó suplicante. El cuchillo desapareció rápidamente entre sus ropas.

No respondió. La tomó del brazo y la llevó al fondo de un oscuro pasaje. La miró largamente. Ella sostenía la mirada. La fue desnudando. Lo dejó hacer. A ese nivel, hasta el contacto personal directo era tolerado.

Le hizo el amor con frenesí. Agresivamente. Ella soportó estoicamente el embate, casi sin participar.

Agotado, la separó.

- ¿Qué me vas a dar ahora a cambio? - preguntó ella con cierto temor.

De su bolsillo sacó un puñado de créditos y se los alcanzó. Los tomó agradecida. Esperaba una paliza como culminación del encuentro.

- Dame tu número.

Ella se lo dijo vacilante.

- No tengas miedo. Te necesitaré. Seré generoso.

Lo miró sorprendida. Nadie daba nada por entonces. Ni aún promesas.

- ¿Como te llamás? - inquirió la mujer.

- Como quieras.

- Extraño.

- Sí, si así lo deseás.

Esta vez se acercó ella. Le tomó el cuello y lo miró un instante. Bajó sus manos a la entrepierna y trató de alentarle. La caricia fue una respuesta inesperada, casi humana.

El sonrió conmovido.

- Es en vano. Ya no. Fue solo un impulso incontrolable. Perdoname.

- No tengo nada que perdonar, Extraño. Lo haz comprado.

- No era lo deseable.

- Era lo necesario, evidentemente – respondió la mujer, tratando de comprender la situación y a ese hombre raro. Violento y tierno a la vez.

Acomodó su ropa y se dejó acompañar un trecho. Se separó de él en una encrucijada cualquiera, con la seguridad de que no volvería a verlo nunca. Desconocía que él subrepticamente se había agenciado también de su clave para ubicarla en cualquier momento.

El hecho se perdió en la brumosa oscuridad del pasaje.

Implacables, los dados decagonales se llevaban la mayoría de las esperanzas. Transitó entre las mesas, pisando maldiciones y eludiendo el escupitajo que lanzó un borracho. Se dirigió al baño. Lavó su cara y los genitales con desinfectante. No debió arriesgarse tanto. No pudo evitarlo. Nunca se había caracterizado por su mesura.

La vista picaba. Se miró al espejo, esperando visualizar ese impulso de autodestrucción que a veces, como ahora, lo dominaba.

Vio solo los ojos propios, enrojecidos. Lo demás, prestado, cambiaba con las circunstancias.

Revisó la pistola. Había omitido hacerlo al salir. Estaba cargada.

Se ubico en un sitio vacío en torno de una mesa de juego.

- Diez al triple - retó mirando a su alrededor. Por la cara de quienes lo rodeaban, comprendió que había metido la pata. La cifra era excesiva. Arrojó los dados. Se alejó precipitadamente del lugar tras perder esa cantidad. Era imperdonable. La sorpresa de su acto facilitó la huida. De otro modo, se habría visto envuelto inmediatamente en diversión gratuita para esos pobretones. Ansiosamente buscó el conducto clandestino de salida. Necesitaba encontrar a Iuno, el mutante No debía estar lejos de los muros externos. Era un buen depredador.

CAPITULO XVII

SOLEDADE

Abandonó sus pensamientos. La atención del redivivo Juan Mac Lean se centró en Una. Diligente, repasaba un panel con el aspirador.

Al sentirse observada, ella se dio vuelta.

- ¿Necesita algo humano?

- Nada. La miraba solamente.

Superada, optó por retirarse. No terminaba de entender a los humanos. Él rió divertido. Como siempre, le deleitaba jugar con todas esas pequeñas situaciones absurdas. Un dejo de profunda tristeza sobrellevaba la situación. Comprendió que no bastaba parecerse en todo a un humano, tener sus atributos, para serlo. Siempre había sido así. A lo largo de la historia hubo pequeñas personas escorzadas con figura de humanos. Simples pitecantropoides torpes. Sin embargo, no podía dejar de mirarla. ¡Era tan hermosa esa humanoide!

Su mente lo llevó lejos, atrás. A la mujer, la otra, la suya. Aquella Lutecia

Gonzalvez que así se había llamado y se seguía llamando en su interior inviolable. Se había posesionado permanentemente de su memoria. Le habían explicado lo sucedido. Su cuerpo se había perdido accidentalmente en el espacio, junto con otros del contingente, por eso no la activaron, cuando lo hicieron con él. Estaba solo. Sin pareja, se sentía mutilado. Rebullían en su mente pensamientos encontrados respecto de causas y efectos. Ponían en crisis toda su formación rigurosa. Los sentimientos no eran controlados, contenidos por aquella lógica inflexible que regulaba con precisión sus actos. No podía despegarse de ella. Del recuerdo cálido del goce compartido. De su ternura. De aquella alegría total que la inundaba hasta en los actos más insignificantes de la existencia. De su olor suave a mujer plena. Activó el panel y contempló el negro espacio sin fin, vacío, con el sarcasmo de su nubécula universal enfrente y el atisbo de la otra que pugnaba por penetrar su conciencia. En algún lugar vagaba su compañera. Rígida, congelada por el frío del espacio. La pensó con los ojos cerrados, como si la muerte la hubiese sorprendido dormida. No encontraba en los pliegues de su conciencia otra forma aceptable de traerla en sus últimos instantes. Rechazaba la posibilidad de gestos de espanto y una sonrisa no encajaba en la situación. Vida y muerte. Vida. La muerte era una abstracción absurda sin el soporte de la conciencia. El símil calor - frío decantó por propio peso afianzando ese concepto. Solo calor. Solo vida. Pero ella no estaba ya. El calor había huido. Sin embargo estuvo y las células de su cuerpo la sentían con una proximidad dolorosa. Su ingle la reclamaba. Giró la cabeza. Una lo observaba desde más allá del portalón. Le sonrió, espantándola. También era casi una mujer, pero no era ella. Era nada. Neutra, ausente. Ya no había personas para mirar. El pensamiento, pendular, volvió nuevamente a ella, flotando en el espacio infinito. La pensó entera. Tampoco concebía su desnuda fragmentación abierta en flor. Sus miembros tal vez dispersos por extraño capricho vengativo de dioses celosos. Se veía buscando sempiternamente a su amada, tratando de unir lo que de ella fue. Una suerte de Isis masculino. Un Osiris que busca. Juntar las partes del presente para que fuera de nuevo el pasado. Ella lo merecía. Lo había amado. La amaba todavía. Los pelos de su nuca respondían aún a su aliento. La piel de gallina ante el ensalmo del recuerdo se imponía a voces.

El cielo azabache lo enfrentaba como una pared. Suspiró compungido. Esa línea de pensamiento le hacía daño. La ingle era mala consejera. Rehuyó retornar. Se prendió a la lectura de las cifras brindadas por los sensores. A esa realidad próxima, impersonal, de la máquina que también amenazaba irse con todos ellos a bordo. Comprendió que haría lo imposible para que el sacrificio de ella no fuera vano. Para que las gotitas de toda esa sangre que podrían estar flotando como la cola de un cometa detrás de cuerpos desnudos, estallados por la descompresión súbita; dispersos por allá, no constituyeran el punto y guión final. Era tonto todo eso, pero era real. Así lo sentía y habría de defenderlo de esa manera, mal le pesara al destino o quien quiera fuese que manipulaba los hilos con impiadosa terquedad cruel. Siguió devanándose los sesos tratando de explicar los hechos. Los meteoros eran detectados mucho antes de cualquier peligro. Sus órbitas establecidas de inmediato. El riesgo acotado. Los sistemas sensibles funcionaban a pleno. Le brindaban la realidad circundante mucho más allá de lo que daban sus ojos. ¿Dónde estaba el error? ¿Qué había pasado realmente? ¿Por qué nadie respondió a las alarmas que necesariamente debieron generarse? No había respuestas aún. Se paró y caminó por el habitáculo mirando inquisitivamente los paneles. La contestación plana del tablero, lo rechazó con sarcasmo. Optó por

retirarse a su camarote. La crisis del repensamiento lo superaba. Debía darse margen para razonar adecuadamente. El tiempo carecía de importancia. La crisis instalada en algún momento no alteró la secuencia servil durante un lapso prolongado. Se impuso la certeza de que continuaría así por varias generaciones más. Ya estaba jugado. No podría por el momento hibernarse de nuevo. Junto con ella y todos los y las otras, se había ido parte importante del equipo. Su juego había recommenzado. Tomaría un tiempo antes de efectuar la jugada inicial. No solo no había apuro. También debía evitar a toda costa acciones erróneas. Miró la palma de su mano derecha. Sin nada aparente, esa eme que formaban los pliegues soportaba el futuro de todos. La cerró para que no se le escapara el destino. Estaba solo. Irrevocablemente solo, Aún con ellos, dormidos, detrás y ellos, neutros, indiferentes, enfrente. Las paradojas comenzaron a jugar malas pasadas en la mente, iniciando una forma de pensamiento. Trató de rechazarla. Le fue imposible. Simplemente comenzaba a pensar así. Con dos líneas. Como generando una compañía extraña que lo apoyase. Un desdoblamiento de su personalidad. No ya en un calco. Sino en una totalmente distinta. Casi contrapuesta y crítica.

Levantó la mano para activar el sonorizador, cuando se percató de la señal de presencia ante su puerta. Encendió el visor y vio a Uno erguido, en silencio, aguardando. Miró la hora. Esa hora propia, local. La que nada tenía que ver con el tiempo de ese contorno extremal. Se percató que con exceso había excedido la marcada para el almuerzo. Se irguió y salió para emprender el camino al comedor. Una los aguardaba con una fuente humeante en la mano. En ella había solo comida pura, sin aderezos o adornos. Apenas la fuente proteica sintetizada, nada más. Y aunque su mente la rechazaba se dio a la tarea de masticar y tragarla con la mecánica actitud devenida de un prolongado adiestramiento. Había perdido demasiado ya como para importarle algo aquella disciplina duramente impuesta; comprendió que debía ingerirla si quería continuar la batalla. Esa terca, implacable postura humana que es abrazada así porque sí nomás, como un reto visceral neurovegetativo no solo de supervivencia, sino de superación a cualquier reto por duro que fuere. Sabía que la realidad es independiente de los juicios de valor. Pero una vez más ellos ayudarían a salvar el vacío entre ella y su subsistencia.

Después de correr varias veces el largo del pasillo central, volvió a la sala de mandos y se puso a escarbar en las memorias. Había algo que no encajaba y que solo la información acumulada podía esclarecer. Su experiencia y conocimientos fracasaban frente a ese presente que se cerraba implacablemente sin salida aparente. Sin embargo, la clave de la realidad circundante debía estar en alguna parte de los múltiples registros automáticos. La Vía Láctea, el cúmulo local, el de Virgo y sus conexiones, el súper cúmulo local, no desaparecían así porque sí. Alguien había metido el dedo indebido en alguna parte equivocada. Había ocurrido siempre así, desde los comienzos. Los dioses, esos humanos caprichosos con poder, volvieron a jugar.

La memoria terca tenía sus triquiñuelas. Lo llevó otra vez al lejano auditorio. Sí, ¿cómo no recordar? Venía escuchando atentamente las ponencias en el congreso científico.

Entendía que ahora era su turno. Debía plantear la inquietud que lo embargaba. El foro inmejorable: la Reunión Trienal de la Unión Cibernética Internacional, en el gigantesco paraninfo de la bicentennial universidad. Con solo

pararse, impuso silencio a uno de los auditorios más amplios y eclécticos que hubieren podido reunirse jamás.

- ¡No estoy de acuerdo! - manifestó con vehemencia - Hemos caído en una trampa instrumental. En un exceso convencional que nos viene limitando. Evita que podamos proseguir con nuestras investigaciones en forma seria. Obtener resultados positivos. Todo lo expuesto hasta ahora no pasa de constituir un abuso formal de lenguaje. Resulta imperdonable en nosotros, si no viene acompañado de las pruebas concretas necesarias. Deben abonarse las afirmaciones efectuadas y aceptarse las posibilidades de dudas ciertas. La duda debe ser nuestro motor. No las aseveraciones prejuiciosas. El parámetro t no es un escalar, es un vector.

El silencio era sólido. Muchos, atónitos, recorrían caprichosamente el techo. No podían concebir lo que sus oídos insistían en transmitirles. El prosiguió indiferente. Un cansancio viejo lo desbordaba

- La fuerza, la potencia de la idea, la encuentran en el punto. El mayor núcleo de energía concebida por la mente humana ha sido puntual: la ficción del Big Bang. Nació del extraño maridaje entre premisas determinadas por falsas interpretaciones de la realidad, con prejuicios arcaicos de la época precientífica, que nos vienen de los asirios y los caldeos. Tales, los de la constancia y continuidad del tiempo. Pero estas también son palabras huecas, si no van acompañadas de los hechos que las prueben.

Descansó un instante para ordenarse.

- El máximo poder y la apertura dicen que está en el punto. La entidad mínima, donde el espacio tiende a cero y el tiempo a infinito. Una entelequia casi.

El trasfondo ruidoso le anticipó que no sería fácil decir su verdad. Sus interlocutores, si bien las mentes más preclaras e independientes de la Federación Americana, estaban seriamente comprometidos con líneas de esfuerzo iniciadas hacia décadas. No le importó verlos naufragar. Trató de continuar.

- El objeto Markarian 205 es un cabal ejemplo de cuerpo real, altamente masivo que, con su galaxia asociada, ocupa un mismo lugar en el espacio y tiempos distintos en el ámbito temporal agregado. El cuásar a que me refiero...

No quisieron seguir escuchando. Entendían que el manejo realizado hasta ese momento de los problemas interdimensionales, eran suficientemente sólidos y efectivos, como para imponerse por la contundencia de sus resultados. No permitirían que disquisiciones supuestamente absurdas, caprichosas, pudieran afectar un área tan productiva como la cibernética interdimensional. El rechazo se generalizó. Acabó abruptamente esa sesión.

Después de la experiencia, se acordó apartarlo definitivamente de toda actividad académica. Querían evitarle la crucifixión, en tributo a su prestigiosa labor de años, al frente de una de las cátedras más celebradas.

Demasiado era lo que estaba en juego.

Entonces, como consecuencia de la violencia desatada, en un último intento de asir el muro para ver más allá, se le ofreció algo inusitado. Lo que nunca se brindaba a un mito viviente, por los riesgos implícitos: integrar el grupo científico de la nave que habría de explorar el punto de inflexión temporal, recién descubierto teóricamente por su propio equipo, sustrayendo temporariamente a un grupo escogido de intelectuales y astronautas experimentados. Físicos y matemáticos trabajaron arduamente por más de tres años. Los ingenieros dieron forma concreta, a las diversas ecuaciones tensoriales que produjeran aquel programa concreto. Se pensaba generar una suerte de punto temporal "eutético",

en un ámbito cuyas dimensiones, todavía no se acotaban adecuadamente por falta de experiencia previa. Ponderaban aceptable la experiencia, con un margen de incerteza pequeño, si todo el proceso se efectuaba fuera de la gravedad terrestre. Debían minimizar las influencias extrañas. Estaban en condiciones de afirmar que "la cosa era viable..." Sin embargo, se cruzaron muchos dedos.

Suspiró ante el brillante tablero, que devolvía en reflejos el contorno gris indefinido de su figura, anunciando el regreso irrevocable. Las acciones habían resultado satisfactorias y la máquina, como todas, obedecía sumisamente. Desandaba la marcha sobre sus pasos.

CAPÍTULO XVIII GRAN TROPIEZO

Continuó recordando. Sí, fue entonces, sobre el ecuador.

La actividad en "Latitud Cero", el cosmódromo del entonces incipiente desierto amazónico era febril, por las múltiples facetas de esa aventura de la ingeniería espacial. Participaba lo más granado del pensamiento teórico no comprometido en los problemas bélicos. No faltaba nadie. Era imperioso contar con la mayor cantidad de apoyo intelectual posible. A todos producía escozor el modelo Minkowski - Morgan, por el problema que significaba manejar el radio del eje tiempo - espacio. Era cosa que comenzaba a reconocerse, que el decurso temporal en el primitivo par de conos rectos contrapuestos por el vértice, del diagrama de Minkowski, había pasado a generar un par de "cuernos de caza" opuestos por la embocadura, al dársele entidad vectorial al tiempo. En consecuencia, variabilidad al radio que determinaba aquel eje, en las regiones donde la energía en juego tendía a infinito y el espacio a cero. Era un reto. Máxime cuando las respuestas que habrían de brindarse a los problemas

enfrentados, tendrían que ser inmediatas. Su genialidad no bastaría para resolver los muchos imponderables a presentarse. La realidad como siempre, jugaba sus dados con dedos ágiles y crueles.

El transbordador estaba apoyado en la "jota" acostada. Simulaba la vía de un antiguo tren monoriel, elevada al final de la curva en un ángulo de noventa grados. El motor lineal del impulsor, le daría aceleración progresiva inicial hasta el encendido de los cohetes. Entonces, saldrían verticalmente disparados hacia el espacio con el empuje brindado al que se acoplaría posteriormente el de los propios impulsores. Se planeaba su acoplamiento con la nave laboratorio orbital en pocas horas.

Él, Juan Mac Lean, también con el medallón circular de oro y platino que reproducía los símbolos enviados al espacio hacía muchísimos años con la sonda Pioneer 10 - emblema orgulloso del poder humano lanzado al espacio - y la doctora Lutecia Gonzalvez, la mujer plena, inteligente, a su lado, caminaban pausadamente hacia la plataforma de acceso, bajo la atenta mirada despersonalizada de las cámaras que registraban el hecho más importante de la centuria. Con la seguridad y la satisfacción de que por fin probaría que tenía razón, que el árbol les había impedido ver el bosque. Marchaban todos sonrientes, despreocupados, hacia el trasbordador.

Allí estaba en órbita, esperándolos. Se recortaba contra el gigantesco disco lunar. La nave de líneas gráciles, terminaba a popa en dos inmensas esferas metálicas. Albergaban en su seno el impresionante sistema de fusión de elementos pesados y generación de fotones. La observó con picardía entrecerrando los ojos. Cuantas cosmologías caerían hechas pedazo, para mostrar un universo más tranquilo, una caoticidad gobernable. Ese tiempo que si bien aparentaba ser caprichoso por momentos, no era arbitrario. Seguía reglas de juego claras, aunque distintas y esquivas; asimilándose a su par el espacio, muy bien estudiado, constituyendo una unidad espacio temporal más fluida. Un par vector - vector, en lugar del clásico vector - escalar einsteniano. Volvió la vista por la escotilla alcanzó a percibir cerca del limbo terrestre, la Región del Pájaro Blanco de la vieja Argentina, desde donde habían partido hacía casi dos siglos, la inquietud que bullía en sus genes. Los Mac Lean empezaron a volar entonces.

Impuestas las rutinas e integrada la tripulación a las tareas de apoyo menores, los tiempos ociosos se prolongaron, dando lugar a reuniones cada vez más numerosas y extensas. Sólo debía esperarse que la fusión retardada suministrara la masa necesaria para el colapso gravitatorio relativístico requerido por la creación del pozo temporal "oscuro". Las mediciones en los sensibles detectores espacio temporales, comenzaron a acusar una débil modificación del vector de curso, en plena formación de núcleos exóticos masivos.

Así lo precisaron en la charla con Lutecia, mientras repasaban en el desayuno distintos aspectos del programa. Después fue al reducido gimnasio. Estuvo un par de horas reponiéndose de la pasividad muscular.

Cansado, se trasladó a su camarote. Se disponía dormir, cuando el llamado del almuerzo recorrió los intrincados pasadizos de la embarcación.

La masa crítica sería alcanzada en un par de días, a lo sumo. Para entonces, todo quedaría develado. Las ordenes para efectuar las correcciones de

último momento, eran innecesarias. Por propia inercia, el proceso se acercaba inexorablemente a su meta; situación reflejada cada seis horas en los mensajes escuetos pero contundentes que se cursaban a la Tierra. Los sensores remotos hacían lo propio confirmando continuamente esa situación, en forma impersonal.

Prácticamente lo habían logrado cuando la señal de alarma despertó de pronto. Inundó todos los recintos y pasillos. La ocupación de los sitios de emergencia por parte de la tripulación, generó un desorden que poco a poco fue aplacado. Se aquietó, como si un ojo de tormenta se hubiese posesionado de la embarcación estelar.

- ¿Qué pasa, Capitán? - inquirió, tratando de normalizar la respiración, después de la carrera agitada por el conducto que lo trajo a la sala de mandos.

- Tenemos rumbo de colisión con un cuerpo de gran porte. En estos momentos atraviesa el límite de detección de los gravímetros - fue la respuesta - aquí tiene doctor el análisis de la situación, efectuada por la computadora mayor. Es visible la alteración del campo galáctico. La situación es comprometida. Ni que hablar del impacto estimado. Debo aclararle que se trata de un objeto no registrado. La lectura de cuatro posiciones sucesivas, nos da una órbita hiperbólica. Me atrevo anticipar que es un proyectil interestelar.

Se retiró preocupado al laboratorio donde pasaba la mayor parte de su tiempo. “¿Acaso hiperespacial?” – se preguntó.

- ¡Maldito sea!, ¡justo ahora nos viene a ocurrir esto! - exclamó indignado por el riesgo cierto de que fracasara totalmente el programa.

- ¿Cree doctor, que no alcanzaremos a generar el colapso controlado si la modificación de la trayectoria es pequeña? – le consultó el capitán tratando de resolver la tensión generada.

- No, no queda tiempo. La masa crítica no se ha alcanzado. La fusión está en una etapa de relajamiento previo al colapso. La menor falta de fuerza aplicada a la síntesis, puede desencadenar la fisión en esta etapa. Nos veríamos obligados a separarnos de la unidad energética rápidamente, para evitar ser atrapados por la explosión devenida. Si lo logramos, iremos muriendo lentamente a medida que consumamos la energía disponible. No olvide que los colectores de iones y los sintetizadores no pueden funcionar para generar materia, con la poca energía disponible en las baterías y depósitos de combustible de reserva.

Tras largas horas de estudio de la situación que se iba tornando más seria a medida que el tiempo transcurría, decidió tomar el toro por las astas y encarar una solución heroica.

- Capitán - llamó por el intercomunicador.

- Sí doctor - respondió la voz ansiosa.

- Venga a la sala de computadoras. Creo que puede haber una solución. De alto riesgo, pero solución al fin.

- Voy para allá. - contestó el comandante.

- Veamos. Tal cual está la situación, no hay escape posible. O el choque, o la pérdida de control del proceso, con el consecuente riesgo de explosión por la energía que liberará la fisión en escalera. Conforme los cálculos, el peso atómico virtual de la materia en fusión en este momento, ya en cuasi colapso, supera los mil cuatrocientos treinta. Su retorno al plutonio origen, nos provocará una catástrofe.

- Entonces, ¿qué salida se le ocurre? - inquirió tenso el navegante.

- Seguir acelerando la síntesis. Llevar al límite la velocidad para evitar que escape de control. Con la energía resultante, lograremos a la vez acelerar la nave lo suficiente para escapar, si conseguimos mantener estabilizados los procesos. Eso sí, cualquier error, por mínimo que sea o demora, ¡nos llevaría al desastre!

- ¿Valdrá la pena intentarlo? Mirá que no hemos puesto a prueba los sistemas - preguntó Lutecia consciente de que la salida era un agujero capilar en el muro de `piedra de la realidad.

- No queda otra, Lute. Démosle para adelante, juguemos a los dioses - le respondió sonriendo, tratando de denotar una tranquilidad que estaba lejos de sentir. Se puso de inmediato a calcular los ajustes. No era fácil acelerar la masa concentrada por su inercia y su momento.

Los cuerpos acusaron la aceleración impresa. Los movimientos pasaron a ser torpes.

- Noventa y seis por ciento de la velocidad de la luz - indicó el oficial de guardia. La transpiración le perlaba la frente.

- ¡Continúe! - fue la réplica categórica.

Un mundo de luces inundó la nave como si en cada mamparo, en cada ojo de buey, hubiese un gigantesco arco voltaico. Fueron unos segundos. De nada valió neutralizar precipitadamente los ventanales de la sala de mandos. La oscuridad se apoderó de la misma; tan silenciosa como la apoteótica iluminación multicolor. Se perdieron todas las referencias exteriores, excepto unas bandas ondulantes, dando cierta densidad esotérica a la irrealidad instalada, que apretujaba los espíritus de los navegantes librados a su suerte en un ámbito desdimensionalizado. Ya nadie se preocupaba por nada de lo que ocurriese en el reducido recinto. La aguja había traspuesto el umbral. Sólo se esperaba de afuera lo inesperado, el desastre.

Cuando la masa crítica colapsó creando una suerte de agujero negro de juguete, al que se iba alimentando con toda la materia prescindible, para mantenerlo en acción y permitir aprovechar la energía resultante de la actividad cuasi horizontal. El poder pasó de manos. La superaceleración lograda, les permitió eludir el peligro, lanzándolos más allá de los humanos ámbitos tridimensionales habituales. Se integraron a un acontecer que rompía con lo preceptuado. Los relojes, indiferentes como siempre, comenzaron a dar un tiempo que no tenía vínculo alguno con los hechos de fuera de la nave, si es que tenía sentido hablar de ellos o de su tiempo. Mucho menos del terrestre.

El manejo de las ecuaciones de la ruptura les aseguraba con cierta imprecisión, que la ruta inicial no se había alterado en `principio. Apuntaban hacia afuera de la galaxia. En dirección opuesta al núcleo del cúmulo de Virgo.

Las cosas transcurrieron normalmente y los días convencionales se sucedieron a los días convencionales de veinticuatro horas caprichosas, marcando el tercio ciclo circadiano con esa irrevocable voluntad de imprimir a las cosas la dimensión humana. Como si la naturaleza y su devenir, siguieran las reglas que la humanidad fue acumulando a través de milenios. Rotas al haberse quebrado uno de los parámetros básicos de ese acaecer, reinaba su majestad el tiempo real, variable, ajeno a las humanas apetencias de regularidad y constancia.

Vivían y eso era lo importante. Lo otro había pasado a segundo plano. A formar un entorno si bien no conocido, al menos aceptado como tal. Tolerado y

obligado a sufrir por todas aquellas circunstancias que la realidad esconde en cada vuelta de tuerca celeste.

-¡Basta ya! - dispuso el capitán, ordenando cerrar progresivamente la acción aceleradora para ir disminuyendo la velocidad, si es que ello tenía sentido al quebrar la estructura fáctica habitual.

En la burbuja de metal y plástico, todo seguía normal, en cuanto a los procesos humanamente ordenados. Él hacía el amor con Lutecia. El comandante se regodeaba de vez en cuando con una ayudante o incursionaba en el pañol de realidad virtual, para salir agotado, vaciadas sus perversiones. Descendiendo en la escala jerárquica, todos en mayor o menor grado, seguían satisfaciendo con empeño, imaginación y retazos, las múltiples apetencias de la carne que, frágil, había sobrevivido a la experiencia. Se había implantado contundente, en una realidad ajena a toda humana historia anterior, si es que tenía sentido hablar de antes y después fuera de esa débil barrera de acero extracoherente.

Así, ese mini olimpo de bolsillo navegaba - o naufragaba - en las profundidades de algo, que no se sabía todavía si era el espacio o el tiempo, o ambos entrelazados. Euclides, Riemann, Lobatchesky, Minkowsky, Morgan, eran figuras irónicas en una base de datos desvalorizada por la realidad. La muerte de los relojes los había llevado a vivir la sucesión de las pequeñas situaciones generadas por ellos mismos. Las rutinas en ningún momento se abandonaron. Algo había que hacer fuera de dormir, hacer el amor, soñar o sumergirse en el luminoso mundo hologramático de la realidad virtual, creada para satisfacción del perenne hedonismo humano, como recurso para conservar la integridad.

Con la pérdida de energía, vino la pérdida de velocidad y los procesos se aquietaron. Las sorpresas fueron aumentando de manera superlativa.

Todo comenzó a acomodarse de nuevo. Los ojos percibieron esta vez sistemas desconocidos. Solo dos nubes difusas allá lejos, en dirección de proa y de popa. ¿Dos cúmulos de cuásares? ¿Dos universos? Nadie podía decir nada aún. Entonces el comandante asumió la responsabilidad y ordenó la hibernación de casi todos que, no por más resistida, fue menos lograda.

Suspiró mirando nuevamente al tablero indiferente. La soledad era dura y pesaba como el mundo en la mano de una criatura.

Se besaron largamente por última vez, antes de incorporarse por separado a las cápsulas del hibernáculo. La realidad fue aflojando sus lazos a medida que los sedantes fueron surtiendo efecto y el ritmo de temperatura controlada decreciente fue acentuándose. Un último recuerdo de los ojos húmedos de ella cedió paso al oscuro vacío de conciencia.

Capítulo XIX

LA CIUDAD

Allí estaba Buen Ayre, la ciudad. Extensa. Orgullosa. Poseionada del estuario de agua dulce en la mitad de uno de sus bordes. En el restante, con agua salada, abrazaba el criadero de algas marinas que nutría a sus habitantes de proteínas. De allí salía la totalidad de sus alimentos con sus diversas consistencias entre líquidos, blandos, duros, en sus diversas gradaciones. Por supuesto, con el toque necesario de sus más de dos mil sabores que barrían la gama entre extremos ácidos y dulces. Permitiendo a sus moradores, trescientos millones de personas con supuesto pleno derecho y justas jerarquías, ejercer uno de los atributos básicos de su capacidad de ciudadanos, la libertad de elección. Las funciones menores, desagradables digamos, eran ejercidas por los restantes servidores que en número algo menor, integraban la población de homínidos y hobotes que, con la asistencia de incontables unidades de servicio inteligentes, cumplían cabalmente con el objetivo de llevar felicidad a la gente; única razón de la existencia de esa compleja trama que pervivía por el natural y precario equilibrio del accionar de la conducta humana altamente condicionada.

Los niveles físicos se superponían con una intercomunicación dinámica cada vez menos usada. No había necesidad de ello. El reticulado de calles iluminadas “a giorno”, delimitaba los bloques habitacionales y de servicio. Una

extensa plaza cada cuatro unidades constituía el lugar de esparcimiento común suficiente y necesario.

Cloio, en el cuarto nivel, repetición geométrica de los restantes, no jerárquica, contemplaba el fluir constante de la gente por la calle. Las voces diversas de conversaciones que surgían en un costado para morir de inmediato cuando se alejaban los interlocutores, trazaban los arabescos que también se perdían en la lejanía de la bóveda. El cartel indicaba la intersección de la avenida 400 con la calle 2001. Pares e impares, intrincadas, caprichosas, jugaban esa suerte de ajedrez chino. “¿Por dónde empezar?” – se preguntaba. La empresa era titánica. Enfrente se abría el acceso a la vereda rápida, que lo trasladaba a cualquier extremo del sector. Antes de transponerla nuevamente, se dejó estar unos minutos. Necesitaba ordenar sus pensamientos. Su capacidad de ingeniero social se veía colmada. Por esta vez, la gente había dejado de ser lo importante para él. Esto nuevo demandaba una categoría de pensamientos que no podía dominar totalmente.

Absorto en la contemplación de los distintos grupos que pasaban frente a él, riendo y comentando las alternativas de los últimos eventos de la tevirtual, no se percató de la presencia a su lado de una joven que lo observaba intrigada.

- ¡Buen aire tenga usted! - le dijo de pronto con la máxima cordialidad posible.

- ¡Y toda la buena gente, incluyéndola! – respondió sorprendido, saliendo abruptamente del pozo en que se había sumido.

- ¿Tiene acaso algún problema señor? Está demasiado solo – interrogó la bella joven solícita, agregando: - es más que inusual alguien solo en un espacio tan amplio. La comunidad está para ser compartida.

- Lo sé – respondió – me hallaba solo reposando. Tratando de reponer fuerzas. Acabo de regresar del gimnasio y sentí la necesidad de descansar algo. Celebro haberlo hecho, me permitió conocerla – agregó faltando a la verdad.

- ¡Gracias!, ¿me permite? – respondió sentándose a su lado en la amplia reposera. El solarizador brindaba sus cálidos rayos a raudales, hiriendo los ojos. Ambos interpusieron anteojos oscuros. El rostro afilado de ella se destacaba contra la fuente de luz controlada.

CAPÍTULO XX

CAPRICHOS DEL DESTINO

“¿Que sería ahora, más de mil años después, de aquella lejana Tierra convulsionada?” – se preguntó Mac Lean frente al indiferente panel del visor que le mostraba los dos universos distantes. El azulino y el rojizo, que iban derivando hacia un costado de la pantalla, a medida que la nave comenzaba a girar lentamente, venciendo la inercia, para invertir la dirección de su movimiento. Comenzar el retorno, si es que había retorno o tenía sentido hablar de volver. “¿Existiría todavía aquella humanidad que había acelerado el cansancio?”

Los hechos rememorados, le trajeron con el recuerdo, a Lutecia, rediviva, vital, inquieta.

Sí, ¡cómo no recordarla! La había visto por primera vez en Milán, cuando tropezó con ella en la galería Vittorio Emmanuele. Casi la había derribado, inadvertidamente. La volvió a encontrar ahora en Roma, cuando cerraron las universidades en Europa y todos regresaban a sus sitios de origen, tratando de escapar de la vorágine. Fue una semana antes de que volaran el Duomo de Milán y la catedral de San Pedro, en represalia por la volatilización de la Caaba, en la Meca, por parte de los marines, como represalia por la destrucción de la Estatua de la Libertad, la muerte del presidente de Estados Unidos y su gabinete, en una guerra venida desde comienzos de ese tercer milenio, que trastabillaba entonces

entre la ignorancia, el fanatismo y la violencia, que crecían cada vez en mayor grado, sin límites visibles. Alguien, traviesamente, había abierto nuevamente la caja maldita de Pandora.

El trajín intenso de esa semana atando cabos sueltos y tratando de recuperar lo imposible antes de la partida, lo llevó cansado y temprano al hotel Parco Tirreno, donde se alojaba en la Ciudad Eterna.

Dejada atrás la Isla Tiberina, el taxi tomó una ruta diversa hasta la Vía Aurelia y lo acercó a su destino, haciendo un rodeo para evitar calles obstruidas por escombros aún no removidos, marcados por las rojas carteles de advertencia que anunciaban en las bocacalles los atascos.

Al ingresar al hall, la vio instalada en uno de los amplios sillones. La reconoció al instante. Le sonrió y fue correspondido, aún cuando no se conocían. Se acercó a ella y le dio la mano, presentándose.

- Es un placer encontrarla nuevamente. ¿Sin rencores?

- Gracias. Sin ellos. Es usted muy gentil - expresó desplegando aquella cálida belleza que le había impresionado entonces.

El silencio se interpuso, tornándose pesado. Para quebrarlo, se excusó por el atrevimiento y la invitó a tomar algo en el bar anexo. Lutecia se encogió de hombros y aceptó. Ya nada importaba nada a nadie.

- Roma no es del todo agradable en esta primavera lluviosa tan particular por su violencia, ¿verdad? – le dijo.

- Sí, por cierto - le respondió ella - y menos a esta hora, donde todo muere aún más. Yo le rehuyo a estos instantes del atardecer. Vengo solo por obligación. No me prende el desordenado trajín ciudadano de esta ciudad dirimiendo sus absurdas cuitas salvajes.

- Comparto plenamente su juicio. Pensaba decirle lo mismo para llenar el silencio entre ambos – acotó él sonriendo - ¿Qué va a tomar?

- Un espumante bien frío, si queda. Comienzan a escasear las cosas buenas. Es buen aperitivo para mí. Ahuyenta la tristeza vespertina.

- ¡Excelente idea, intentémoslo!

Llamó al mozo y ordenó dos espumantes con hielo. No demoró en aparecer con las botellitas petisonas de ese indefinido vino dulzón tan agradable.

- ¿En campaña acaso?

- ¡Oh, no! ¡Por favor, no me recuerde acción alguna! Nada tengo que ver con todo eso – respondió ella. - Razones profesionales solamente me trajeron. Debía dictar un curso en Turín y me encontré con las Furias. No tuve suerte, el colapso universitario frustró toda posibilidad. Pasé por Roma para buscar una obra de Valerio. Viajo a Niza llevándola. Debo partir para allá bien temprano, así me alejo de este clima. Quiero estar al mediodía. ¿Y usted?

- Sólo que tuve la suerte de poder concretar la reunión que me trajo y ahora huyo. Vuelvo a mi tierra. En Europa no se puede ya vivir con tanta violencia. ¿Qué hace usted mezclada con la Matemática?

- Lo soy. Me he doctorado en ella ¿Y usted con la astrofísica?

- También, casado con ella. Aunque no he alcanzado tal nivel. Apenas una Licenciatura, en la Facultad de Matemática, Astronomía y Física de la Universidad de Córdoba, en Argentina

- Está lejos eso. ¡A la salud del futuro doctor de las estrellas!

- ¡Por las matemáticas! – respondió él levantando la copa.

El tintineo del vidrio al chocar elevó la calidez del momento. Se había establecido una corriente de inteligencia entre ambos que los llenaba de satisfacción. La miró. Se mostraba como una mujer excepcional.

Aquella noche, una de las suites estuvo ocupada solamente por valijas; las que terminaron reuniéndose en el portaequipaje del auto de ella, al día siguiente bien temprano, cuando partieron hacia su destino. Habían hecho común tan atrayente itinerario.

Verla conducir a alta velocidad bordeando el mediterráneo por La Cornisa lo hacía sentirse pequeño.

- ¡Cuidado! - gritó asustado cuando vio aparecer de pronto un vehículo enfrente. - ¡Mirá que ni las reinas tienen handicap aquí! ¡No te confíes! Un disparo basta para enviarnos hasta el fondo del Mediterráneo.

- No temas, conozco el camino. Esta es una “zona limpia”. En verdad no sé por qué te asustaste. ¿Quieres conducir, Juan?

- No. ¡Apenas manejo los controles del telescopio! - le dijo con espontánea sinceridad. Lutecia rió abiertamente. Su risa luminosa bajó por la cuesta abrazando los puertos que se sucedían rápidamente abajo. Casi estaban en la pendiente de ingreso a Niza. El mar azul, como un infinito lago de alcohol en llamas frescas, se perdió detrás de las lomadas y construcciones periféricas. Bajaron hacia la costa, mezclándose con el tráfico. Se desplazaron sin problemas por la avenida hasta desembocar en el Paseo de los Ingleses.

- ¿Dónde te dejo?- preguntó Lutecia

- Llévame al hotel Gold – fue la respuesta.

Hubo de subir unas cuerdas pasando la Caisse Depargne, en ruinas. El Negresco, era solo un grato recuerdo.

- ¿Cuántos días estaremos en Niza? – interrogó Juan.

- No más de dos. No dispongo de más tiempo. Quiero volver a Barcelona rápidamente. No hay como la seguridad del hogar.

- ¿Seguridad, decís? Bueno, aceptémoslo. Seré tu sombra hasta entonces. – respondió él.

- ¡Perfecto! Te busco después del almuerzo, a eso de las tres.

- Mejor a las cinco, si querés que esté presentable.

- ¿Duermes la siesta todavía? – preguntó ella perpleja. No comprendía que alguien pudiese aún desperdiciar ese tiempo.

- ¡Necesariamente! – respondió sonriente, jugando con la agradable posibilidad de prolongar la compañía de Lutecia.

Se dieron un beso rápido. La vio desaparecer con la esquina. Ingresó. Se registró. Pagó los mil francos por el resto del tiempo previsto y se dispuso a almorzar.

En un sitio cercano, un inefable arroz vietnamita bien regado le trajo el sopor necesario para retornar y olvidarla por un largo rato. Lo sacó del pozo el teléfono insistente. Eran ya casi las cinco y Lutecia impaciente lo conminaba a bajar rápido; estaba mal estacionada.

- Subí.

- No. Ahora no. Después tal vez. Baja rápido, por favor. Puede venir la patrulla. No olvides tus documentos.

- ¡Ya voy, no te preocupés! Los llevo conmigo siempre – respondió Juan

El estrecho ascensor marrón lo depositó en sus brazos, bastante más amplios que el local de acceso.

- Te extrañé mucho – le dijo Juan, mintiendo.
- Yo no. No tuve tiempo - le respondió Lutecia con desparpajo. Se la veía feliz.

- ¿Qué tal el maestro? ¿Se portó?

- ¡Oh, cállate. No hables así de mi casi centenario amigo. Ya lo conocerás. Le anticipé que te llevaba. Así que vamos. No perdamos tiempo.

- ¡Ufa, un matemático!

- Es un encanto, ya lo vas a ver.

Y así, indiferentes ambos de la belleza de la amplia bahía, se dirigieron en dirección del aeropuerto clausurado. Los vuelos civiles estaban prohibidos en todo el mundo. Lo bordearon y treparon hacia la derecha.

Tomaron la Corniche Moyenne, luego un sinuoso caminito rural que los condujo hasta una villa, arriba, entre los pinos. Desde el horizonte, se dejaba escuchar el ruido sordo de unas explosiones. Prefirieron pensar que se trataba de alguna cantera.

- ¡Hola maestro! Él es Juan, de quien le hablé. – expresó Lutecia dirigiéndose al doctor Delnais, un hombre alto, flaco, que sonreía extendiendo su brazo. Se apoyaba en una silla para mantenerse erguido.

- Mucho gusto - le dijo, estrechando fuertemente la mano de Juan con sus dedos huesudos.

- El gusto es mío. Téngalo por seguro. Estoy encantado de conocerlo; después de todo lo que ella me ha hablado de usted. No ha dejado de hacerlo desde que nos encontramos en Roma.

- ¡Vamos!, no exageres. El sabe cuales son mis sentimientos. No son necesarios tus comentarios sarcásticos - agregó ella riendo complacida.

Ingresaron a la villa. Pequeña pero magnífica. Lutecia se alojaba en la misma, en una habitación superior con un amplio balcón acodado. Contaba con una hermosa vista; tanto del mar como de los Alpes Marítimos, que se erguían majestuosos detrás, perdiéndose en la distancia.

El sol amplio brindaba la calidez necesaria para tornar comfortable la estancia en el jardín en pendiente. La mesa del té estaba preparada.

- Así que es astrofísico. – preguntó el anciano

- Sí. Trabajo en un problema termodinámico de los sistemas autogravitantes. Quiero fundar la tesis de mi doctorado en el mismo. ¿Y usted matemático, verdad?

- Bueno, yo estoy comprometido con una vieja pasión mía, los números. – contestó el maestro.

- ¿Los números?

- Si. Mi afán fue siempre lograr descomprimir el conjunto de los puntos de una recta. Vieja aspiración que ha retado a los matemáticos desde hace mucho tiempo. A la que se ha dado solo soluciones aparentes, de compromiso. Convencionales.

- ¿Lo logrará? – interrogó Juan sin comprender mucho.

- Creo haberlo hecho. Aún cuando no sé si será reconocido como válido el medio empleado. En fin. Casi un dilema ¿Le contó ella que acaba de obsequiarme un raro ejemplar de una obra de Valerio, del cual Valery decía era descendiente?

- Sí, lo hizo. ¿Usted refiere al poeta, verdad?

- Al mismo. Le debo mi amor por los números. Era muy niño cuando lo conocí a comienzos del cuarenta y cinco, en el siglo pasado. Yo paraba en casa de

una tía muy amiga de madame Vollier. Me fascinó su persona. No sé por qué; pero lo asocié entonces con la personificación del diablo. Un diablo gentil, agudo, cautivante; pero diabólico al fin. Había llegado a tomarle miedo. Un respetuoso miedo que por supuesto desapareció en poco tiempo, para ser reemplazado por una profunda admiración.

- Notable, ¿verdad Lutecia? – preguntó Juan

- Sí, por cierto - respondió ella - Un poeta estimulando a un pichón de matemático.

- Nada resultaba extraño en él – agregó el viejo - Era la sabiduría, el pensamiento vivo. Su pensamiento me inclinó en favor de los trabajos de Lagrange, de Hamilton, de Russell. En especial la numeración, donde insistía que hallaría materia más que suficiente para llenar toda una vida, por exigente que fuere. Era un poeta enamorado de los números - agregó caviloso el anciano.

- Me sorprende. Tenía solo referencias vagas de su producción literaria por alguna antología de poetas modernos leída en los entreactos de la rutina. Nunca me apasionó el género. Más bien siempre me atrajo la novela.

- Muchos no conocen bastantes cosas de él. Mi tía que lo frecuentaba en la casa de su amiga, decía que era un sátiro. Que lo denunciaba su rostro caprino. Pretendía indisponer a su amiga con él. No sé si por celos. Era una mujer ya entrada en años y en desengaños. Por suerte la amiga no le llevaba el apunte.

- Sí, por suerte - dijo Lutecia agregando: - Debe ser extraordinario ser amada como él la amó, pese a la diferencia de edad.

- Es probable. A veces pienso y te lo digo con toda sinceridad, hija, ante un testigo interesado, que siento algo parecido al cariño. Los viejos no somos insensibles. Me ocurre con los números. - aclaró el profesor riendo. - Es solo un sentimiento sublime, sin otras connotaciones extrañas ni intereses espurios. Solo la nostalgia de tiempos idos.

- ¡Vaya!, ¡vaya con el profesor!, - no pudo menos que exclamar Juan.

- No ocurría lo mismo con ellos, fueron amantes. Él murió a poco que ella le anunció su casamiento – comentó Lutecia.

- No sé, tal vez; aunque a esta altura creo que se fue solo por viejo hija, como yo estoy por hacerlo. Pero no se preocupen - dijo dando a Juan una palmada amistosa en el hombro - Esta relación me hace feliz

Comenzaba a resultarle más que simpática la sinceridad de ese particular personaje casi centenario. Había llegado a entrever que en él anidaba algo más que capacidad técnica. Aquello tan inasible que diferencia a los que saben hacerlo, de los que saben cabalmente para qué se hace cada cosa. La distinción entre la ciencia y la técnica. El conocimiento y la sabiduría. El por qué y el como. Empezó a respetar más a su amiga. Descubría en ella algunas facetas notables. Despertaba en Juan viejas apetencias de perfección dormidas, que sin dolor y sin sorpresas, habían logrado comenzar a renacer en ese lugar, después de olvidadas liminalmente.

- Esa es mi axiomática - dijo el matemático a Lutecia limpiando sus labios con la servilleta, aunque el destinatario de sus palabras era Juan. El aire fresco, húmedo, entraba a raudales por la ventana abierta.

- Muy interesante su razonamiento – dijo Juan, acusando el mensaje - Pero en verdad, me he perdido en varias partes. No me resulta del todo familiar el lenguaje que usan, cuando lo hacen en el sentido estrictamente profesional; con esa capacidad de abstracción matemática que lo divorcia de todo elemento concreto; circunstancia que mi mentalidad rechaza ya a nivel de piel. No por una

actitud razonada, sino por una limitación propia. Una formación especial tendiente a emplear esa disciplina, con fines instrumentales, en mi caso.

- Lo comprendo. Es lícito. – respondió el anciano - Las técnicas que usted emplea en sus investigaciones para penetrar el universo, si bien se valen de recursos matemáticos sofisticados, difieren grandemente de las justificaciones y razones teóricas, de la actividad propia de lo nuestro. ¿Verdad Lutecia?

- ¡Claro maestro! Es natural. Sin embargo no puede escapársele la comprensión, si no ha olvidado los parámetros básicos de los sistemas de representación que utiliza en sus exploraciones.

Si vos lo afirmás. Son tus palabras - contestó Juan, inseguro de llegar a entender esas anfractuosidades abstractas con que venían regalándose desde que comenzó la cena.

- Lo que sí creo y comprendo – agregó sonriendo el matemático - es que se le escapa no el significado de lo dicho, sino el sentido de lo que se quiso decir; sus implicaciones, sus consecuencias, que tienen una particular importancia en el campo matemático, no así en el de las restantes ciencias aplicadas, por el momento ¡Sólo por el momento!

- Bueno. No es difícil hacerlo comprensible - intercedió Lutecia dirigiéndose a Juan, para agregar:- Mira. Una geometría es un reticulado que se sobrepone al espacio, a la realidad. Puede ser afectada por los procesos del mismo; pero a su vez está afectando la imagen recogida. Culpa de esa suerte de selección instrumental propia de los modelos escogidos.

- ¡Claro! – expresó el maestro para agregar: - Los modelos empiezan con la elección de las referencias arbitrarias, o convencionales, cualesquiera fueren de las infinitas posibles, en el universo ilimitado de las abstracciones matemáticas.

- Él simplemente se limitó a modificar algunos axiomas – aclaró Lutecia tratando de ayudar a la comprensión del planteo. - Descomprimió la recta. Estableció apriorísticamente que, a cada punto de la misma le sucedía otro; que entre punto y punto existía solo el conjunto vacío. Así, simplemente haciendo corresponder a cada punto en forma biunívoca un número entero, quedaba cubierta totalmente sin lugar para cortaduras, ni encajes de intervalo. Con esa infinitud numérica agota los puntos de la recta susodicha, cualquiera fuere.

- ¡Ah sí!, ¿y los números fraccionarios?- exclamó Juan gozoso, buscando un punto débil.

- Simple – apresuró Lutecia a contestarle - Constituyen la relación entre dos números enteros, por aplicación de una operatoria llamada razón. Se corresponden en consecuencia, uno a uno, con puntos de dos rectas del plano. Quedan determinados por ambos miembros del par que los enuncia; siendo uno abscisa y el otro ordenada en el sistema de representación elegido; arbitrario por cierto; y su posición la determina el sistema de coordenadas seleccionado.

- ¿Y los imaginarios? - preguntó ya vacilando.

- Bueno, ellos también son pares de duplas que se corresponden a su vez con los puntos del espacio. Así, con naturalidad, no sólo quedan cubiertos los entes de la recta, sino los del plano y del espacio. ¡Una verdadera revolución!

- Simple pero apasionante cuestión. Es para pensarlo...

- Es cierto – afirmó ella - Observa que todos los números equivalentes en los racionales o irracionales están sobre una misma recta, determinando la pendiente de una tangente.

Sí, así no hay dudas - agregó Juan, no muy convencido por su formación.

- Hubo que pensarlo mucho. Yo lo hice durante largo tiempo y todavía no estoy del todo convencida. Perdóneme la sinceridad, maestro. – agregó Lutecia.

- Es natural, hija – contestó el anciano sonriendo - Eso sí. Deben efectuarse algunos pocos ajustes en todo el aparato conceptual que fue edificado a partir de atiborrar la recta con números de diversa naturaleza. Todo ese abuso doctrinario primitivo. Pero dejemos esto aquí. La noche se presta para otras cosas más simples y distendidas. No aburramos a nuestro huésped, Lutecia.

La noche cristalizó para el recuerdo. Tenía sueño; estaba agotado, pero no podía dormir. Temía romper el cristal encantado de tener a su lado a la Mujer. La caprichosa luz de un farol entre los árboles, parpadeaba cubriendo la húmeda piel del rostro de Lutecia con perlados reflejos intermitentes, acentuados por destellos rojos de un incendio en el horizonte. Las llamas se recortaban nerviosas. Cambió el respirar de sólo mirarla, por pleno gusto nomás. Pero en fin, se es humano y el sueño puede más que el amor y la violencia. Con el avance del día, tuvo ella que sacudirlo para que despertara. Se le habían pegado los párpados. No obedecían ni aún a su voz.

Cuando bajaron, el profesor caminó al encuentro de ellos.

- Buenos días, jóvenes. Veo que no han madrugado. ¡Qué lindo! Fue una buena idea hacer que Juan también se hospedara aquí. ¡Nada de hoteles impersonales y riesgosos!

- ¡Por favor maestro! Se nos hizo muy tarde y me permití insistir en que se quedara. – expresó Lutecia

- Hiciste bien hija. Sabes que es tu casa y puedes disponer de ella.

- No me averguence, maestro.

- Ni lo pienses. Nunca he dicho nada con tanta seriedad.

- ¡Gracias!, exclamó Juan conmovido por tanta generosidad.

Los tomó por los hombros a ambos jóvenes y los condujo hacia la mesa que mostraba dos tazas dispuestas y una cafetera humeante.

- ¿Salvo que prefieran algo fresco? – indicó interrogativamente.

- No. Café es preferible. ¿Verdad querida?

- Sí - afirmó ella tímidamente. Estaban ocurriendo cosas.

No habían llegado a la mitad del café servido cuando ya estaban enredados en la puntilla de sus números; la particularidad de su teoría. Me paré y fui a caminar por el jardín. No quería interrumpir aquella profunda y amistosa charla que, en verdad, le fascinaba Juan el celo y la vehemencia exteriorizada. Formuló interiormente votos por que ella adquiriese la capacidad que trasuntaba él. En el fondo, envidiaba su bonhomía inefable.

Tuvo que esforzarse para salir del pozo del recuerdo. Todo aquello estaba tan distante y sin posibilidad de conciliación con ese presente duro, descarnado. Sus espaldas cargaban la responsabilidad, no solo de la misión, sino de la seguridad de aquel centenar de compañeros que dormían el extraño sueño de la hibernación, al que también tendría que regresar en algún momento, si quería participar del fin de la aventura, que necesariamente habría de llegar si todo marchaba bien, mucho más allá del tiempo de varias vidas humanas.

CAPÍTULO XXI

NIDO DE TERMITAS

Sin dar más explicaciones, Cloio se paró y comenzó a caminar hacia el acceso a la vereda móvil. Tenía un largo trecho hasta los ascensores de cambio de nivel. La larga búsqueda de esa cara grabada en su mente casi como la del presintendente, eran gemelos supuestamente, se mostraba de continuo admonitoriamente. El esfuerzo fue infructuoso. Frente a él desfilaron cientos de imágenes de controles de asistencia a los lugares más inverosímiles, sin que apareciesen atisbos de esa figura. Solo nada podría hacer. Volvió sobre sus pasos y se encaminó al centro de control. Solicitó un ayudante “ para efectuar evaluaciones estadísticas”, adujo. Los poderes brindados, le permitían efectuar cualquier requisitoria sin problemas ni resistencia alguna.

Le llegó una lista de una decena de inspectores con calificaciones altas. Repasó los antecedentes de los mismos. Cada uno era el calco de los otros. Habían sido cortados por el mismo patrón. No encontró elementos para diferenciar positivamente al ayudante necesario, así que recorrió la nómina con el índice que se detuvo en el número sexto. Comunicó la decisión y dio las instrucciones necesarias para su encuentro en el predio de reuniones públicas del sexto nivel. Activaría el emblema propio, para facilitar la detección del personaje en la multitud, que vagaría sonriendo y charlando indiferente de los últimos programas tevirtuales, bajo las lámparas de sol que doraban su piel joven.

Luego de pensarlo, ordenó que se constituyera una guardia permanente de diez hombres en el precinto central. Estimaba que con ellos sería suficiente para

neutralizar cualquier acción negativa que pudiese generarse en los niveles inferiores por su presencia anómala, aunque trataría de disimular su condición.

El sudor le perlaba la frente. No sería fácil la tarea. Tampoco entendía muy bien como encararla. Solo tenía la certeza de que había que actuar, como lo había hecho, dando los primeros pasos, por infructuosos que resultaren; la vieja e inefable prueba del acierto y el error. La ironía nació de su pensamiento. Tenía que ubicar al cuasi presintendente entre cientos de millones de personas.

Se encontraba el falso inspector conectado a la tevirtual, participando activamente en el intento de contactos con una mujer esquiva seleccionada al efecto, en uno de los tantos juegos diarios programados, cuando la señal perentoria se abrió paso imponiendo su prioridad. La orden fue clara. Debía presentarse de inmediato.

Reacomodó su figura y revisó concienzudamente los atributos de la función de inspector. No podía cometer errores. Había sido convocado a un lugar distante del centro de operaciones. Concurriría. Con hacerlo no perdía nada. Por el contrario, la rutina sería alterada por fin y, daba la posibilidad de imprevistas soluciones a los interrogantes que cruzaban su mente respecto de la conducta a seguir para concretar sus planes. Sonrió por lo bajo. Solamente faltaba que fuere para buscar su persona y el sarcasmo estaría completo, la burla consumada.

Despaciosamente ascendió a la vereda móvil y se dejó conducir hasta la puerta del ascensor. Allá abajo, estaría alguien aguardándolo. La tensión comenzó a apoderarse de él. Resultaba emocionante jugarse por lo desconocido, en un mundo acotado, donde todo supuestamente estaba perfectamente planificado. Donde el orden imperaba supuestamente. Palmeó suavemente el arma en su bolsillo y emprendió el viaje a lo desconocido.

CAPÍTULO XXII

EL RETORNO BUSCADO

Le llevó casi una semana revisar la totalidad de los parámetros asignados para asegurar el regreso. La secuencia de registros debía ser invertida y los datos corregidos a medida que se fuera ovillando nuevamente la madeja. Los programas de generación y control de humanoides funcionaban, tanto como los mecanismos que aseguraban tales controles. La compleja tarea desencadenada cambió de manos nuevamente. Las máquinas y los clones mecanizados cubrirían las guardias. El volvería a la cápsula, Era imperativo hacerlo para no desperdiciar su existencia restante en una monótona navegación hiperespacial sin destino para una corta vida humana. El retorno, el distante y enigmático arribo, se hallaba detrás de la última de sus cotas. Sonrió con sarcasmo. ¿Regresar? Sería como renacer. Nada sería igual después de mil años. Las ataduras estaban rotas. Solo quedaba indemne ese reto inicial de concluir lo empezado y esa terca, inviolable capacidad vital que lo empujaba a seguir adelante detrás de lo ignorado.

- ¡Hasta siempre! – saludó a Una y Uno, levantando la mano por el borde, antes de bajar la cubierta transparente sobre su cabeza. Los miró largamente. Ambos guardaban silencio. Eran dos estatuas de una falsa trucada. Sonrió al darse cuenta que solo miraba a ella. “Que habría al final en la Tierra” se preguntó una vez más. A su memoria volvieron los tiempos anteriores.

Su terca mente busca y rebusca en la red, tratando de atrapar entre tanta maraña, un poco de comprensión. Que las guerras, el espacio, la salud, el hambre, la energía atómica, las computadoras, la información, el miedo, los afanes de grupos desesperados. Entre todo eso, solo un pico elevado se destaca en el paisaje

pasado, atrayendo no precisamente como una realidad virtual. Oscuro, sobre el horizonte el negro agujero invertido de la muerte.

Era lamentable, pero el siglo que lo cobijó en sus inicios, con la misma displicencia de tantos, estaba teñido de ella. Nunca, en milenio alguno conocido hasta su partida, grupos reducidos habían destruido tanta gente, en todos los ámbitos, por tan pocas y absurdas razones. Derecha, izquierda, norte, sur, religión, xenofobia, militarismo, oriente, occidente, dictadura, libertad, burguesía, capitalismo, proletariado, país, justicia, región, amor al bien, rechazo del mal. Cualesquiera de esos vocablos, breves, inocentes, casi desvalorizados de tan comunes, de tan usados en vano, soportaban sobre sus espaldas el peso de tanta muerte, tanto dolor, tamaña hipocresía.

. Una razón pequeña, supuestamente propia, se antepone a otra similar e intrascendente de otro. Y allá van los ángeles de la violencia cada vez con más potencia, con mayor poder de destrucción. Hasta en nombre de la paz, de la justicia, del bien, del amor se mataba. ¡Viva la muerte!

Los fines, por buenos que hayan sido, fueron desnaturalizados por los medios violentos que se utilizaban. La militante ética utilitaria de un mal pequeño, de pocos, para un bien grande, de muchos, amenazó destruir el paciente progreso logrado duramente. Se llevó al límite esa lucha abstracta, anónima, indiferente, cruel. No es un hombre frente a otro hombre, dirimiendo una cuestión personal, alguna pasión innegable, arrojando un riesgo cierto, propio. Sino una abstracción teñida de miedo, de colores fuertes, frente a otra no menos temerosa; a veces solo una consigna, una premisa, un supuesto principio. Destructiva como nadie llega o no quiere pensar. Se deseaban sonrientes buenos día al vecino y colocaban minas antipersonales frente a una escuela, un jardín de infantes. Se ingresaba a la universidad para continuar portando la esperanza en el futuro y esgrimía un Colt, una Kalashnikov, una Uzi, una granada sucia con material radiactivo; o peor, el mal intencionado discurso traicionero, que no es propio las más de las veces. Se sonreía a la amada y destrozaba con impudicia el vientre grávido o los sueños de amores jóvenes, sin hesitación.

Sonrió otra vez, con mayor pesadumbre. Extraño destino el dibujado por los humanos, cuando de ellos dependía.

El tercer milenio no fue de luz, pleno de futuro, desde sus inicios. No era una ilusión propia aquel siglo primero del milenio, digno discípulo del veinte que lo precedió. El de la destrucción y el miedo. Que había enfermos de la mente, del espíritu. Que existían debilidades humanas, odios, rencores, envidia, el travieso gen esquizoide jugando malas pasadas. Existían, los habría tal vez por siempre. Pero ellos habían luchado para que queden arrinconados contra la pared del desprecio, de la ignorancia, de la falta de apoyo. Tanto poder destructivo no era obra personal de uno solo descarriado, aunque se tratara de ponerle nombre. Comprendió que la responsabilidad de lo acontecido era de todos. Fue por todos tolerado, afianzado por acción, inducción u omisión. Detrás de cada grupo estuvo el de enfrente. Delante de cada puño, otro puño. La mano abierta y la sonrisa si se hubiese querido realmente, hubiera fructificado en la otra mano y también la risa amplia, cálida. No se enseñó a los hijos para que eduquen a los padres en el amor. Se les transmitió odios, pequeños rencores, limitaciones fundamentalistas. Porque de eso se trató, solo de inculcar pequeñeces, no los grandes sueños, a los que se volvía culposamente la espalda.

Su mente rindió homenaje a todos aquellos que en medio de tanta miseria habían levantado siempre esas blancas banderas de amor y esperanza, el tributo a

tanta humanidad sufrida. Sus ojos se humedecieron. Lloró por aquellos en los que sonreír constituía un sacrificio, una claudicación. El futuro de la humanidad jugaba a las escondidas con cada ADN transmitido. No debía apostarse el porvenir en esa jugada de dados. Estaban cargados. Lo han hecho los malos instintos, las bajas pasiones, el engaño falaz. Desató el niño que llevaba dentro y volvió a reír, como hacía tiempo no lo lograba. “Riamos y viviremos” – se dijo, al de apretar el botón que desencadenaría su enfriamiento.

Antes de adormecerse, comprendió definitivamente que también de ellos podía depender que el futuro sea un niño sonriente, llevado de la mano cálida, o un geronte resentido. Debía dársele una sonrisa juvenil, levantarse banderas blancas donde quiera que sea. Aún allí en el límite de los espacios y los tiempos. Que ningún color las tiña. Que ninguna idea fuera de la paz, el amor, el progreso cierto las empuje. Debían curarse las enfermedades sociales. No es el poder el que reivindica, sino el amor, la libertad, la esperanza.

El sueño bajó las persianas de aquel juicio crítico que quedó allí, indemne, en el fondo de su mente.

CAPÍTULO XXIII

EL FALSO INSPECTOR

Cloio caminó al lado del falso inspector con paso inseguro. Una profunda duda lo embargaba. La figura de la persona del funcionario que lo acompañaba despertaba en el fondo de su mente inquietas reminiscencias que no podía precisar. Escorzos de familiaridad inasibles. Lo miró de soslayo. La figura tenía un porte particular. Una natural autoridad muy distinta a la agresiva con que se cubrían aquellos que portaban los atributos dinámicos del mando. La máscara que cubría su rostro, desdibujaba sus reales facciones evitando el reconocimiento.

Arribaron al complejo habitacional marcado como sitio de inicio de las alteraciones en la distribución de aguas. En el lugar, el análisis de flujo por las cañerías mostraba un aparente punto ciego en el árbol de suministros. Era solo un indicio. Debió insistir para que el inspector lo acompañara. Sostenía que la zona había sido suficientemente relevada como para merecer perder tiempo en ella. Se impuso su autoridad y allí estaban., penetrando en uno de los departamentos aledaños al caño maestro secundario.

- Es raro el ambiente – expresó Cloio mientras recorría con la vista el entorno. Hay un aséptico olor a encierro.

- Está deshabitado. Su morador fue cancelado después de la última cacería. Lo comprobé antes de salir – respondió el inspector.

- ¡Ah! ¡Con razón! ¿No se ha asignado todavía a alguien del nivel inferior que haya merecido el ascenso por la acción desplegada? ¡Es extraño!

- Aún no se ha hecho – respondió el falso inspector – Deben estar condicionando al posible postulante. No cualquiera reúne las condiciones para el ascenso de nivel. Se deben evitar conflictos.

- Lo sé. No es necesario que me lo indique – respondió Cloio ácidamente – Sin embargo... – No terminó la frase. Su compañero disimuladamente había trabado la puerta de acceso. El débil sonido del cierre eléctrico lo alertó. Pero fue

tarde. El fuerte golpe dado con el duro canto de la mano en la nuca, lo derribó sin dar lugar a defensa alguna.

El falso inspector apretó la garganta de Cloio hasta dejarlo exánime. Luego con meticulosidad, fue quitando todas sus pertenencias y su ropa, para asumir una nueva identidad. De mayor jerarquía, con poder prácticamente insuperable.

Investido con la nueva personalidad salió rápidamente del complejo en búsqueda de Lecio, el mutante. El tiempo era oro. Sabía que la suerte a correr era agua en las manos abiertas del destino, que implacablemente se reía de los buenos programas. No tuvo dificultades para trasponer las inviolables puertas de la ciudad. Poseía las llaves otorgadas por el presintendente. Con seguridad dejó atrás todos los controles y ascendió al vehículo que lo llevaría al pie de las lejanas montañas., el mutante debía estar esperándolo desde hacía días. Confiaba en que no fuera tarde. El plan llevado adelante, tenía tramos críticos por el material inestable que manejaban con mucha impericia. Casi al final, comprendió que la dulzura del odio, había calado hondo en sus fibras. Aún así, pese a todo, se dio tiempo para pensar en el pequeño que lo reemplazara y en la paria del séptimo nivel. Con un raptó de humanidad que le resultó desconocida a sus actuales sentimientos y propósitos, se prometió ocuparse de ellos.

El perfil de las sierra en el horizonte interrumpió sus pensamientos para colocarlo de lleno en la no fácil labor de encontrar al grupo errante de los humanos que vagaban entre las piedras, junto con Lecio. El lugar aproximado del encuentro fue precisado por la máquina impersonal y descendió en la meseta elevada, más allá de la cúpula que abría su corroída pupila de metal al aire cargado de filamentos nocivos. Se colocó la mascarilla y descendió dispuesto a esperar, con la certeza de haber sido avistado. Conocía las rutinas del grupo que buscaba.

Lecio, el mutante, caminaba hacia él desde los grises muñones descarnados del montecito degenerado que se hallaba a su derecha. Caminó a su encuentro para anticipar la entrevista. Se fundieron en un abrazo.

- ¡Hijo mío! – exclamó sentidamente el falso inspector venido a Cloio, perplejo por el llanto del muchacho brindado como respuesta. - ¿Qué pasa? – interrogó angustiado.

- ¡Nelsia, padre! No pudo sobrevivir a las heridas que recibiera en la última incursión que hicieron. Yo salvé apenas de la destrucción. De nada valieron los esfuerzos realizados por el maestro médico. Murió.

- Una razón más para lo nuestro – expresó el falso inspector compungido pero con firmeza, sobreponiéndose a la pena que le ocasionaba la pérdida de su hija ciega. El odio dibujó estrellitas en sus ojos.

- ¿Están listas las falsas barras reguladoras? – interrogó apartando todos los encontrados sentimientos que se desataban en su interior.

- Sí señor – fue la repuesta .

- Carguémoslas rápidamente. No debemos perder tiempo. Es material muy inestable; altamente peligrosos para quien lo manipula. Que lo hagan aquellos que estén desahuciados y los voluntarios que consigas para la empresa.

- Yo padre.

- No. Te esperan otras misiones más importantes. Constituyes uno de los pocos que ha podido franquear los límites de la ciudad y moverte en ella con libertad. Tendrás que venir, eso sí. Te necesito para otras misiones.

Cuando el vehículo estuvo cargado, Lecio, con aprensión subió al mismo vistiendo el uniforme facilitado por su padre, el ex falso inspector.

Cuando despegaron, a sus espaldas fue perdiéndose en las brumas filamentosas del atardecer aquella dura región que tanto amaba. El recuerdo de Nelsia le daba fuerzas para seguir. Una fiera determinación fue inundando su persona. Comprendió de pronto que emprendía un camino sin regreso. Pero el fin estaba cerca.

CAPÍTULO XXIV

OTRO UMBRAL INESPERADO

Una vez más fue sacado de su estado de hibernación. Fue obligado a retornar al estado normal, requerido por las nuevas situaciones que excedían la capacidad de los unos para enfrentarlas. Habían ingresado a una galaxia, indeterminada todavía. Era necesario asumir nuevamente el comando y comenzar a buscar puerto seguro para descansar de una vez de tan prolongada navegación.

El cansancio de sobrellevar aquella peculiar soledad entre mamparos impersonales, hizo que obligara a la nave a recalar en aquél extraño planeta que hubo detectado el día anterior, en un sistema estelar múltiple desconocido.

Extraño era por cierto el planeta aquel. Allí estaba en el fondo del pozo potencial del sistema estelar, quieto, oscilando en un punto situado algo mas cerca de la masiva estrella blanca que de las restantes que se disputaban su cielo.

El radiofaro de banda extensa anclado al terreno, probando la ocupación, daba intermitentemente el nombre que le fuera asignado: "Imposible". El tercio de la tripulación que fuera “despertada” para las maniobras y tareas de exploración, discutió largamente el tema del nombre. Prevaleció ese imposible, afirmado por todos, por el precario equilibrio mecánico que lo mantenía en su sitio.

Y realmente era imposible, no sólo por su posición. Desde arriba, liso como una bola de billar, blancoazulado con grandes manchones negros variables. Desde abajo, ilimitadas peniplanicies onduladas.

Y sus soles..., rojo, verde, blanco... iban generando cambios continuos, combinaciones iridiscentes de planos que viraban ora a un tono, ora a otro.

Claro que no todo era mero espectáculo mecánico, luminiscente. Imposible poseía una fuerte personalidad. De tanto en tanto, el terreno se agitaba por fuertes terremotos profundos que hacían ondular su superficie y determinaban caídas y rodadas de la tripulación azorada. Desesperadas al principio, fueron luego casi divertidas.. Las partículas volaban y la danza jocosa se prolongaba unos minutos, unas horas..., para luego recomenzar otro ciclo con el mismo brío. Nunca los estabilizadores hidrodinámicos trabajaron tanto...

Imposible tenía carta de ciudadanía planetaria y en su piel preponderaba el carbono, que en sus distintas manifestaciones, le daba esa vida multicolor.

Al momento de reiniciarse el viaje, una tripulación macilenta por una dieta restringida voluntariamente, ingresó a la nave por el control automático de pesos y accesorios, con muchos kilos menos en su carne y varios cálculos nativos en el estómago, seleccionados de entre los más brillantes y sin aristas, de aquellos diamantes más rodados. Aprovecharon la posición particular de las estrellas que gobernaban el sistema, para huir de él y buscar sitios favorables. Sin embargo, no podían perder mucho tiempo. La fatiga del material de la nave, exigía un puerto pronto, para poder efectuar las reparaciones importantes necesarias.

El siguiente planeta detectado en una estrella doble vecina era solitario y algo menor que la Tierra. Poseía una atmósfera propicia para la vida.

La imagen que brindaba ese nuevo mundo, era extraordinaria. Mostraba en todo su esplendor la belleza que hubieron apreciado Bertie y José en su reciente salida de exploración al extremo opuesto del planeta. Nítida, se mostraba la inmensa llanura sin límites a la vista; con ese suelo apacible; ese cielo azul violáceo; aquella luz cambiante, conforme una u otra estrella rectora del sistema estuviera con el correr de las horas sobre el horizonte. Ni que hablar, del momento en que ambas, apareadas, se mostraban como reinas.

El problema lo tenían los venidos a exogeólogos. Se hacían los distraídos para no denunciar su desconcierto. No podían de modo alguno explicar el tapiz de rocas cristalinas que se distribuían sobre la suave cubierta cuasi arenosa que tapizaba el valle. No detectaban el estrato de origen.

Las muestras tomadas daban cuenta de cristales traslúcidos elásticos de particular belleza por su refracción. Una labradorescencia sublime, que superaba con creces su lejana pariente terrestre. Sin embargo, petrológicamente no se le asimilaban en nada. Ora lo que se consideraba sistema de cristalización hexagonal en un espécimen, era reclasificado como trigonal, para luego pasar a tetragonal en una rectificación que parecía no tener fin. Igual con la semiconducción eléctrica, otro de los puntos de discusión mas acalorados.

¡Lo cierto era que estaban y jugando a las escondidas!

Mientras el resto de la expedición se hallaba gozando de uno de los climas más benignos, que conocieran en la tierra lejana, Juan hubo de permanecer a bordo; arrellanado en el cómodo sillón; esperando que se resolviera la distensión provocada por una caída espectacular con equipo completo, al pisar una de esas "piedritas".

Incansable, desfilaba ante su vista en el visor remoto, todo el ámbito circundante; en tamaños cambiantes conforme sus caprichos.

Algo le llamó la atención. Un instante antes la pantalla en la posición buscada en razón de un fuerte destello, mostró un hermoso ejemplar en el que se habían conjugado expresiones geométricas particulares. Lo atrajo por todo el rato que lo estuvo mirando. Gozó estéticamente con esa accidental estructura. Al volver al lugar, allí nada. Solo un informe volumen pétreo opaco se ofrecía a su vista; como si una traviesa deidad hubiese apagado no sólo aquella luz interior, sino también lo estilizado de las formas.

-¡Caramba! - exclamó asombrado. Su expresión rebotó y murió por el fondo del pasillo.

Nervioso, tomó los registros del archivo central. Tuvo que armarse de paciencia, la ubicación se tomaba su tiempo.

La imagen tendría que ser la repetición punto por punto, que sus ojos habían escogido anteriormente.

¡Nada de eso, otra vez! En aquel lugar no había nada el día anterior a las 13.00 horas de tiempo standard de navegación -08.30 de tiempo relativo del lugar- conforme lo dictaba el cronofaro que había comenzado a emitir tercamente, dándole calendario a ese remoto cuerpo celeste, hasta entonces ignorante de su propio tiempo, como así de su nombre: Alunito, que le otorgaran ellos por su carencia de satélite. El enigma quedó planteado. Con esa terca, paciente actitud crítica que lo caracterizaba, fue formando pares o tríadas de imágenes de diferentes lugares a los que las cámaras habían tenido acceso en distintos momentos. Organizó el programa directriz para la superposición de vistas con miras a detectar los improbables cambios que pudieren haber ocurrido, por falta de vientos y escaso gradiente térmico. Bastó esa orden simple, para que la estantería se desplomara. No había dos imágenes totalmente iguales. Aquí y allá, uno, dos o tres ejemplares se habían transformado en poco tiempo. Habían modificado su índice de refracción. Al menos, la luz transmitida no era la misma en instantes distintos. Tampoco lo eran los volúmenes en juegos por cambios en las formas comprometidas.

Cuando procedió a la revisión, ya no eran solo los aspectos exteriores los que cambiaban. También lo hacía el color intrínseco, aunque no en su totalidad, sino en bandas que iban desde la base a la cúspide. Viraban desde el azul intenso al rojo violento perceptible a simple vista, Los cambios se sucedían simultáneamente con las transformaciones estructurales de esas pequeñas unidades. Se extendían a partir de cualquiera, casi caprichosamente, pero en forma radial. Recomendaba el proceso en una piedra cualquiera, para abrirse en abanico y contagiar a las vecinas, que reaccionaban de esa manera peculiar. Y estaba esa movilidad extraña. Era fascinante ver como, al modificarse leve y progresivamente la base, se tumbaba la roca y rodaba hasta otra posición de equilibrio, donde estructuraba una nueva geometría obedeciendo quién sabe a que raro impulso físico.

Optó por generar un ruido agudo para ver su efecto. Fue instantáneo. Todos los procesos iniciados, se detuvieron en el acto. Después, continuaron como si nada, al volver el silencio.

Se rascó la cabeza. No podía hablar de voluntad; pero si de intencionalidad. Tantos cambios no podían obedecer a causas aleatorias. Máxime cuando secuenció ese cambio desde el azul al rojo y comenzó a compararlo entre sí. Había una regularidad de ejemplar a ejemplar que asombraba; detectó en el

ínterin una vibración mecánica que se le había escapado al principio. Iba recorriendo las unidades aisladas, como si todas respondieran en forma integradora, constituyendo una sola entidad resonante. Grabó la extraña música geológica. Sus altibajos y sus reverberaciones llegaron en un momento a ponerle la piel de gallina. Casi podía afirmar después de años de distracción con música diversa, en particular sintética atonal, que estaba ante la presencia de un mayúsculo experimento armónico, como no hubiera imaginado jamás.

Apuró la cuadrícula con detectores de campos. Recogió la sorpresa de la asociación de esas extrañas modificaciones morfológicas, con similares de campos eléctricos que surgían de la unidad base y se extendían a las vecinas alejándose; estimulando respuestas particulares asombrosas, con la consecuente modificación de la apariencia cromática de los ejemplares.

Ante sus ojos, se daba el germen de un lenguaje evidente, sutil; pero inabordable. Esa suerte de "cromabulario", resultaba incomparable con el vocabulario que estaba acostumbrado a manejar para interpretar tantas formas raras copiladas en las memorias base del ordenador.

La comisión exploratoria regresó eufórica con sus hallazgos. No pocas fueron las indirectas a la pasividad de él. Sonrió con suficiencia. Sin decir nada, activó la pantalla y comenzó a mostrar sus estudios. La sorpresa fue mayúscula. Cada uno fue tomando conciencia de la magnitud de lo que se ofrecía.

-Señores - expresó con aires de suficiencia - estamos ante la presencia de cambios generados intencionalmente. No provocados por causas externas. Un sistema de comunicación altamente eficiente entre esas unidades aisladas aparentemente inanimadas.

- ¡No es posible! - aseveró el geólogo jefe improvisado, agregando - Son estructuras cristalinas muertas. Lo pudimos determinar en los análisis que efectuamos a las muestras obtenidas.

- También lo era el mosaico del tabaco, aparentemente. Pero son susceptibles de generar y procesar energía. Originar corrientes eléctricas modificando su geometría y en consecuencia, el peso sobre la base por unidad de superficie. Eso, sin hablar de otros cambios. Sólo ellas conocen su razón. - expresó él molesto por esa ceguera que cerraba la apreciación de algunos colegas.

Las discusiones bizantinas prosiguieron interminables. Hubo de suspenderse toda investigación que importara contacto directo con tales "piedras"; eliminarse las muestras pacientemente acumuladas, extremándose la limpieza y desinfección de los elementos que pudieron haber estado en contacto con aquellas "rocas".

Celosamente consultaron los registros para abonar tal o cual teoría. De nada valió. Los silitropos - como los bautizaron - quedaron allí aguardando una próxima incursión con elementos de prevención adecuados para ponerse en contacto con ellos.

El planeta siguiente premió con creces la ansiedad y la pena provocada por el alejamiento de aquél planeta aparentemente inocente y cálido. Después de las exploraciones iniciales y análisis de rigor, en él desembarcaron todos. Hasta el último humano habitante del hielo, estiró sus piernas en sus gratas planicies y sus umbrosos montes de esos cuasi árboles que llamaron silicata cuneiforme por la recala anterior y la forma de sus hojas gigantes y carnosas.

Del último grupo desembarcado, uno se quedó en la retaguardia, presumiblemente perdido en el bosque y con muy pocas posibilidades de regresar

esa tarde, dado que no dio respuesta a ningunos de los requerimientos que se efectuaran por los distintos canales de las múltiples vías de comunicación.

Los tres navegantes restantes, remontaron con dificultad la cuesta en procura de la meseta donde se asentaba la nave de enlace. El equipo de retorno y la angustia por algún peligro desconocido afianzaba la prevención, agudizada por la ausencia del primero. Lamentablemente, el tiempo del regreso se acortaba y era imposible efectuar consideraciones de cualquier naturaleza, ajenas al viaje mismo.

Desde la cabina de comando se divisaba la amplia terraza que les servía de soporte y el vasto bosque blanco amarillento con brillo cambiante conforme los planos de sus hojas devolvían la luz de los tres soles irregularmente distribuidos sobre el horizonte.

Hasta el último momento demoró la puesta en ignición de los potentes motores que al ser activados produjeron la fragmentación en cadena de la maleza diseminada en un vasto círculo en torno de la nave.

- Echado sobre el suave, graso acolchado de la cuasi gramilla, el que desistió de incorporarse a la nave, siguió masticando con evidente placer la dulzona hoja de silicata cuneiforme que había arrancado minutos antes del árbol que lo cobijaba, mientras contemplaba sin penas, como el cuarto sol rojo que se encendiera sobre la meseta, se elevaba con aceleración progresiva hasta perderse en ese cielo argentino que palidecía dando lugar a otras estrellas que iban reemplazando en número creciente a la que se borraba lentamente.

Silencio despertaba nuevamente a una de sus noches de cuatro horas.

El cielo, cuajado de estrellas, se abría inmenso ante sus ojos que lo recorrían incansables, buscando rastros de la vieja carabela que a los bandazos, seguiría de seguro orbitando la estrella Sol.

El retorno prosiguió casi sin esperanzas hasta que todo comenzó a acomodarse de nuevo. Los ojos percibieron otra vez los sistemas de estrellas conocidos. La Nube mayor de Magallanes se ofreció en todo su esplendor enfrente, con la nebulosa del Cangrejo abierta como una herida luminosa, casi neuronal, en su seno.

La sorpresa mayúscula lo constituyó la detección del sistema solar a algo más de trescientas unidades astronómicas. Los detectores mostraron la estrella amarillenta, indiscernible del fondo galáctico a sus espaldas. El punto en el límite de separación, podía ser Júpiter. Se entretuvieron jugando con los aparatos para determinarlo, mientras aceleraban el retorno a casa.

A trescientos mil kilómetros de distancia, la Tierra se ofrecía como una pelota de tenis blanco azulada. En medio del cortinaje podía apreciarse claramente Sudamérica y la península antártica. La impaciencia había alcanzado el clímax. No resultaba nada fácil evitar que el orden se relajara. La tensión sufrida y la euforia del regreso, complotaban para ello; sólo se mantenía por el aporte de voluntad que el adiestramiento continuo ayudó a conservar.

Las pantallas de los sistemas de comunicaciones internos mostraron África cuando se venía velozmente al encuentro de la nave que se desaceleraba invertida, con sus motores a la máxima potencia.

Las sorpresas no terminaron allí, como consecuencia de las alteraciones espacio temporales.

Mucho tiempo después, el capitán de la birreme se paseaba nervioso por la cubierta de la embarcación en el puerto de Alejandría, mientras los nativos descargaban las vasijas de aceite y los canastos con especias y fruslerías para el imperio. No era para menos, detrás de esa aparente tranquilidad en la ciudad, se agitaba el caldero de la rebelión. Una de las tantas crisis de relación entre el poder militar y el sacerdotal. Para colmo, El Iluminado se había trasladado con su corte y su único dios a la nueva capital, no hacía mucho tiempo. El necesario para que los sacerdotes de Tebas y Memphis se reacomodaran y comenzaran a complotar abiertamente.

El oficial de la guardia portuaria y contralor de las recaudaciones, se le acercó. En su torpe lengua le inquirió por ese extraño medallón circular "de plata y oro" que adornaba orgulloso su pecho.

El capitán, sonriente y distendido, le aclaró que no era un simple adorno protector.

Constituía el símbolo del poder familiar. Le venía de sus abuelos, los primeros capitanes de las ligeras y frágiles naves que recorrían el Mediterráneo. Lo convertía en el comandante de todas las unidades que componían la flota de su dispersa familia de navegantes. Al contarlo, su orgullo lo desbordaba. No podía dejar de recordar cuando su madre, en la infancia, aseguraba que ese hombre y esa mujer grabados en el disco, los abuelos de los abuelos de sus abuelos, habían venido de Shotis y le señalaba la esplendente Sirio a comienzos del verano.

Su pensamiento volaba lejos, ajeno a los ruidos provocados por los primeros enfrentamientos en la revolución que envolvía el imperio, desatada contra Thutankatón...

CAPÍTULO XXV

EL AVE FÉNIX

Con la pulsera presintendencial que usara Cloio, no tuvo problemas para ingresar al Centro de Control. Se materializó en el apartamento de Nayia, la mujer de él.

- Perdón, señora, pero es urgente. Sacó del bolsillo el escudo de su marido y lo exhibió en la palma de su mano a la sorprendida mujer. Es necesario que me acompañe con el niño, debemos partir de inmediato. Nos aguarda. No podemos perder tiempo. Un peligro se cierne sobre su familia y él pretende conjurarlo. Lleve lactrix para alimentar al muchaco.

- ¿Pero, y Meria? Ella lo atiende – alcanzó a expresar, mirando el panel de control de la homótica.

- Ahora olvídense. Vamos. Debe llevar también el protector de radiaciones para el exterior.

- ¿Hasta allí vamos? ¿Tan lejos? ¿Acaso está de cacería?

- Por favor señora, no pierda tiempo. Vamos.

Aún extrañada por el tono con que se dirigía a ella el emisario de su marido, ante la duda, optó por hacerle caso. Tomó al niño y se dirigieron en el ascensor hasta el nivel superior donde los aguardaba un cóptero con los motores en marcha. Ni bien lo abordaron ascendieron raudamente y se dirigieron hacia el oeste, en dirección a las sierras de Corba. Ella no sabía que el conductor de la nave era Lecio, que la observaba de soslayo, intrigado por el interés especial de su padre por esa pareja; como así a la extraña muchacha que se ovillaba en un rincón.

- ¿Dónde está Cloio, señor? – interrogó alarmada por la extraña conducta de sus guías.

-Lo lamento, señora. Él está muerto. Una de sus últimas órdenes fue que la salvara a usted. Esta mujer que viene con nosotros, la acompañará en nuestro destino. Si no lo hiciese, no podría sobrevivir. Usted no está capacitada para ello.

- ¿De qué...? – no alcanzó a terminar la frase, cuando una violenta sacudida conmovió al aparato, amenazando con derribarlo. Con una aceleración violenta incrementaron la altura y velocidad, alejándose de ese extraño sol que comenzaba a formarse a sus espaldas, sobre el horizonte.

La misión propuesta comenzaba a concretarse detrás, en la Buen Ayre que moría violentamente.

CAPÍTULO XXVI DESPUÉS DEL FIN

La primavera se había instalado irrevocablemente, derramando sus galas. El sol calentaba la tierra, llevando lejos las prolongadas noches escarchadas. El nerviosismo animal se traducía en cantos y gritos en sucesión interminable. El atardecer traía música y risas pícaras de jóvenes inquietas y hombres ansiosos, refugiados al pié de las sierras. Abril tenía eso y cubría el paisaje de la distante llanura, ignorando los sólidos subterráneos que penetraban el seno de la tierra y se abrían neuronales en la ciudad. Era otra en el ámbito del Buen Ayre, donde distintas barajas terciaban en la partida jugada por la naturaleza con los humanos. La crecida apuesta se había arrojado sobre el tapete con ciega confianza.

La conversación sobre la gente fue acalorándose en el recinto supersecreto de aquel tercer nivel de la usina atómica que brindaba energía a la ciudad, desde su extremo sur oeste. Supuestamente, allí solo se generaba electricidad aprovechando la fusión nuclear exótica controlada. Los pocos humanos comprometidos en la supervisión de la planta, reunidos ociosos en torno de una mesa, discutían sobre los efectos en la población de un posible accidente.

Como una premonición, aquella conversación banal coincidió con los hechos cuando el reactor de fusión se hubo desestabilizado por descontrol en el material de frenado de la fusión de los núcleos que generaban para lograr sus propósitos de brindar energía. Los sistemas refrigeradores y de frenado fueron pacientemente cambiados por Lecio que, con la ayuda del falso inspector, había

logrado quebrar las barreras de seguridad y convertirse en uno más del grupo elegido para manipular los procesos ya casi sin sentido en esa planta.

Gracias al “dopamiento” de la masa empleada para control de la fusión, el material sustituido colocado en el depósito, comenzó a colapsar descontroladamente al ser utilizado, alimentándose de la materia próxima. Para colmo, estaban produciendo combustible pesado. Núcleos hiperpesados que bailaban inquietos en los espectrogramas secuenciales brindados por los sensores de energía radiada. Automáticamente saltó la alarma, recorriendo los mal iluminados pasillos. Las barras de frenado automático no actuaron. Los hechos se sucedieron en cascada, escapando de todo control. Ocurrieron como no debía ser. El malvado jugador de siempre esgrimió el as de la manga. Nadie dijo nada al comienzo. Después el pánico. Iven, comprometido en tratar de frenar la síntesis disparada, fue tomado en el área sobreprotegida de control, en su cápsula de plasma. No lo pudo evitar. Se aceleró el proceso y se generó el colapso gravitacional relativístico.

Con un destello estelar, se abrió un agujero espaciotemporal que liberó toda la energía contenida en lo que estaba en las proximidades. Solo quedó aquella parte del habitáculo tenaz, sede de los controles remotos de la acción, lanzado al vórtice del infierno desatado.

Repuesto del impacto contra el panel de instrumentos, Iven se levantó para comprobar que Sargi yacía exánime en el piso, con la cabeza rota por un golpe contra un ángulo metálico de una consola, corrió hacia lo que quedaba de la salida. Un hueco irregular que daba a una planicie verde. El viento corría libremente sin el obstáculo de los edificios que se habían erguido orgullosos; símbolo de la inteligencia humana puesta al servicio del desarrollo tecnológico.

Nada. Solo el viento y él. No podía comprender aquello. El mundo no se había destruido, simplemente había cambiado. Pero, ¿qué fue de todo lo otro?

La pregunta quedó sin respuesta por largo rato.

Sentado en el tercero de los escalones que quedaron de la estructura brillante que soportara el sofisticado laboratorio, se dejó estar con temor de enfrentar ese extraño, hermoso paisaje que se ofrecía ante su vista.

Cuando el sol bajó algo, el ángulo de incidencia de la luz le denunció lo que parecía ser un lago, o un río; al menos agua, casi en el horizonte. Tratando de definirlo, no se percató del vehículo que por el lado contrario se acercaba silenciosamente a gran velocidad. Cuando aterrizó, de él descendió un personaje extraño.

- ¿Cómo se atreve a desembarcar aquí? - le imprecó el extraño sujeto, agregando: - ¡Es un área protegida! ¿Y eso es su vehículo? - interrogó señalando los pocos restos remanentes - ¡Vea el daño que ha hecho! - agregó.

- No es un vehículo - trató de explicarle él con palabras lentas, dado el no menos desconocido acento empleado por el otro en esa lengua que por suerte dominaba - Son los restos del laboratorio de síntesis de...- y se calló. ¿Cómo habría de entenderle? - ¿Dónde estoy?- preguntó entonces.

- ¿Dónde quiere estar? En la Tierra, hombre. ¿Acaso no lo ve?

- Sí. Pero es que..., cuando salí había otras cosas por los alrededores. Casas, gente, vehículos, toda una ciudad. En fin, una población y cantidad de cosas comunes de las cuales no queda nada a la vista.

- ¿Cuándo salió de dónde?- le inquirió el extraño personaje.

- De la Tierra. ¿De dónde si no? - contestó Iván con sarcasmo.

- Puede ser. Pero perdone usted, ¿en qué tiempo fue eso?

- ¿Cómo?

- Sí. ¿En qué año?

- En el de ahora, ¡el de dos mil quinientos once!

- ¡Claro! ¡Ahora caigo! Ocurre que estamos en el siete mil trescientos cuarenta y cinco y aquí ya no vive nadie. O mejor dicho, prácticamente nadie. No se permite, salvo a unos pocos cuidadores. Desde hace más de quinientos años es Parque Histórico Universal. Así que váyase antes de una hora, caso contrario me verá obligado a denunciar su presencia. Será severamente castigado.

- Pero...

- No. Lo lamento. No puedo hacer excepciones. Lleve sus juegos temporales a otro sitio. La Tierra está vedada. Salvo para las visitas debidamente autorizadas. Nadie me anticipó la suya.

- Es que no puedo hacerlo.

- ¿Cómo que no? No hay procesos irreversibles. Como vino, se va.

- Lamentablemente no puedo. Lo digo con sinceridad. Caí aquí por accidente. Un accidente que hizo volar buena parte de esto - le dijo con un gesto amplio que comprendió todo.

- Entonces - expresó su interlocutor rascándose la frente - me verá obligado a detenerlo en nombre de la Autoridad - estiró la mano, tomó su brazo derecho con fuerza y le colocó una pulsera metálica, que apenas pesaba, ajustándola a su muñeca.

- ¿Qué autoridad?- interrogó. Esta vez sí estaba perplejo.

- Ella, la única. La que gobierna el mundo conocido.

- ¡Ah!- expresó para no aumentar su descrédito - Ocurre que de donde vengo hay varias autoridades y de distinto nivel.

- ¿De dónde viene entonces?

- De aquí mismo, ¡hace casi cinco mil años, parece! – aseveró perplejo.

- ¿Usted es uno de los arcaicos, acaso? ¿Cómo hizo para saltar el cerco? Está prohibido traer a uno de ustedes a esta época. Se cancela al que lo hace. No hay excepciones.

- ¿No nos quieren?

- Fueron plaga. Se habla de enfermedades sociales y de las otras de menor importancia, las que afectan el cuerpo. Es un problema genético y de conducta que no resultó fácil erradicar. Llevó siglos trasladar a otra dimensión el remanente de los casos que se detectaron con el tiempo. ¿No será usted uno de ellos? ¿Cómo se las arregló para escapar de los controles?

- No, no lo soy. ¿De quienes habla?

- De los violentos y corruptos enviados a la dimensión primaria cuyo acceso se cerró. El programa para lograrlo fue destruido y, conforme las últimas noticias que tengo, su población iba disminuyendo geométricamente, a medida que se acentuaba el gen enfermo y se destruían unos a otros.

- Ya le dije. Vine por accidente. Explotó la planta de fabricación de combustible para las naves estelares. – dijo, tratando de hallar una excusa plausible. Tal vez las singularidades fueran demasiado raras para ser creíbles, peses a sus convicciones.

- ¿Naves estelares? ¡Son cuentos de niños! Una fábula. Sí, usted debe ser uno de ellos. Pediré ayuda. No se mueva de aquí, por favor.

-No, no, ¡espere! No se vaya. No son cuentos. ¡No me deje solo ahora!

- Está bien. Va a ser nada más que un instante. Voy hasta el polo a buscar a mi compañero de guardia y vengo. Solo un minuto.

- ¿Como un minuto?

-Sí. Lo que me lleve convencerlo de que está usted aquí. No se preveían visitas. Así que espero que me crea.

- Pero el polo está muy lejos.

- ¿Se burla?

- La distancia...

- ¿Qué distancia?

- ¡Por favor! Usted me quiere confundir. Las distancias existen y son nada más que eso, distancias y tiempo para recorrerlas...

- Nada. Solo el que demanda fijar las coordenadas espacio-temporales para la transferencia, ¡y listo! Como hizo usted. No se haga el distraído. Yo demoré algo en arribar aquí por no tener los datos ciertos del sitio preciso de su materialización. Pensamos que había sido un meteoro hiperespacial que no había podido ser registrado. Tuve que trasladarme manualmente hasta aquí. Pero ahora no será necesario.

- Lléveme con usted.

- No puedo y muchos menos a usted. ¡Un arcaico! ¿Quiere que me anulen?

- Y entonces, ¿qué hago?

- Esperar. Quedarse aquí hasta que lleguen órdenes o irse.

- ¿A dónde?

- A donde quiera.

- ¿A las estrellas?

- ¿Por qué no? Dígame a cual en el sistema normalizado y estará allí de inmediato.

- ¿Y al pasado?

- También. Usted es uno de ellos, no habrá problemas, mientras sea distante. Puedo restituirlo sin esfuerzos. Indique el lugar y la fecha.

-- A cualquier sitio de aquí cerca, en el tres mil once – expresó consultando la hora en su reloj pulsera - y a dos mil metros de aquí – agregó – Pensaba en su seguridad y en la necesidad de realizar las acciones para prevenir el colapso.

- Venga, suba.

Todo se oscureció. De pronto, Iven se encontró parado en medio de la llanura.

Había vuelto casi al lugar de partida, con un pequeño error en varios miles de años.

Estaba asombrado, sin embargo. Miró alrededor y solo el viento y el sol lo acompañaban allí, parado al borde de un erial lleno de escombros que aún parecía despedir pequeñas columnas de humo. La ciudad ya no existía. Solo brumas envolvían aquellos despojos.

Convencido de un error en el tiempo de destino que le tocó en suerte, impidiéndole evitar la catástrofe, volvió la espalda rápidamente a las ruinas que se perdían en la distancia y comenzó a caminar hacia el oeste, buscando alejarse contra el viento, de ese lugar donde la radiación era intensa, conforme así se lo indicaba el sensor que conservaba en el cinturón reglamentario. Deseaba ansiosamente encontrar a alguien que le brindara alguna referencia sobre la situación remanente.

Su figura solitaria se fue empequeñeciendo en la distancia hasta que desapareció en el horizonte, envuelta por las sombras de la noche que lo envolvieron, desbordantes de estrellas.